

LA CÁRCEL

I

Stefano sabía que aquel pueblo no tenía nada de particular, y que la gente vivía allí el día a día, la tierra germinaba y el mar era el mar, como en cualquier playa. A Stefano el mar lo ponía contento: al verlo lo imaginaba como la cuarta pared de su celda, una inmensa pared de colores y frescor, en la cual podía penetrar y olvidarse de la prisión. Los primeros días hasta había llenado su pañuelo de guijarros y conchas. El comentario del subteniente, que hojeaba sus documentos, le había parecido muy humano:

—Es cierto. Siempre que usted sepa nadar.

Durante algunos días observó las chumberas y el descolorido horizonte marino como extrañas realidades que aunque fueran las invisibles paredes de una celda constituían su lado más natural. Aceptó sin esfuerzo desde el principio esa clausura del horizonte que es el confinamiento: para él, que acababa de salir de la cárcel, significaba la libertad. Además, sabía que en todas partes se cuecen habas, y las miradas curiosas y cautas de las personas le confirmaban su simpatía. Los primeros días sin embargo los campos áridos, la vegetación y un mar tan cambiante le resultaban extraños. Los veía y pensaba en ellos continuamente. Pero a medida que el recuerdo de la celda iba disolviéndose en el aire, también esas presencias fueron esfumándose.

Sintió que de nuevo lo acometía la tristeza precisamente en la playa un día en que, después de haber cruzado unas

palabras con un joven que se secaba al sol, había alcanzado nadando el escollo que a diario le servía de boya.

—Son puebluchos —había dicho aquél—, todos se largan de aquí a lugares más civilizados. ¡Qué le vamos a hacer! A nosotros nos toca quedarnos.

Era un joven moreno y fuerte, un agente de la policía fiscal de Italia central. Tenía un marcado acento, lo que gustaba a Stefano; se veían de vez en cuando en la taberna.

Sentado en el escollo con el mentón apoyado en las rodillas, Stefano entornaba los ojos y miraba la playa solitaria. El pleno sol lo aturdía. El agente tenía unida la propia suerte a la suya, y la inesperada condena de Stefano era una humillación. Aquel escollo, aquellas pocas brazadas de mar no bastaban para escapar de la orilla. El aislamiento había que repartirlo forzosamente entre aquellas casas bajas, entre aquella gente cautelosa arracimada entre el mar y la montaña. Sobre todo si el policía —como sospechaba Stefano— sólo había hablado de civilización por cortesía.

Por la mañana, Stefano cruzaba el pueblo —la larga calle paralela a la playa— y contemplaba los tejados bajos y el cielo límpido, mientras la gente desde los umbrales de sus casas lo observaba a él. Algunas casas tenían dos plantas y la fachada descolorida por el salitre; a veces la rama de un árbol detrás de un muro le provocaba un recuerdo. Entre una casa y otra aparecía el mar, y cada uno de esos fragmentos lo pillaba por sorpresa, como un amigo inesperado. Los cuchitriles oscuros de puertas bajas, las pocas ventanas abiertas, los rostros morenos, la reserva de las mujeres hasta cuando salían a la calle para tirar la basura, contrastaban tanto con el esplendor del aire que el aislamiento de Stefano aumentaba. El paseo terminaba en la puerta de la taberna, donde entraba para sentarse y disfrutar de su libertad, hasta que llegara la hora tórrida del baño.

En aquellos primeros tiempos sufría de insomnio en su casucha, ya que era durante la noche cuando la extrañeza del día lo asaltaba agitándolo, como un hormiguelo en la sangre. En la oscuridad, el rumor de las olas le parecían mugidos, la brisa un vendaval y el recuerdo de los rostros algo angustioso. De noche, todo el pueblo se abalanzaba sobre él, sobre su cuerpo tendido. Al despertar, con el sol llegaba de nuevo la paz.

Sentado al sol en el umbral, sentía su libertad, y le parecía salir de la cárcel todas las mañanas. A veces entraban clientes en la taberna que lo estorbaban. El subteniente de los carabineros pasaba a diferentes horas en su bicicleta.

La inmóvil carretera, que iba haciéndose cada vez más luminosa, se extendía ensimismada ante Stefano: no era necesario seguirla. Siempre llevaba un libro con él, que mantenía abierto y que de vez en cuando leía.

Le gustaba saludar y ser saludado por los rostros conocidos. El policía fiscal, que tomaba café junto al mostrador, le daba los buenos días con amabilidad.

—Es usted un hombre sedentario —le decía con cierta ironía—. Siempre se le ve sentado en el velador o en el escollo. Para usted, el mundo no es grande.

—También yo estoy arrestado —respondía Stefano—. Y vengo de muy lejos.

El hombre sonreía.

—Me hablaron de su caso. El subteniente es un hombre puntilloso, pero comprende con quién tiene que vérselas. Incluso le permite venir a la taberna, lo que no debería.

Stefano no estaba muy seguro de que el policía bromeara, y en aquel tono franco se notaba el peso del uniforme.

Un joven gordo, de ojos muy vivos, se paraba ante la puerta y los escuchaba.

—Galoncito amarillo, ¿no te das cuenta de que el ingeniero se limita a aguantarte, de que lo aburres?

El policía, sin dejar de sonreír, intercambiaba una mirada con Stefano.

—En ese caso, tú serías el tercero en discordia.

Los tres se observaban, unas veces sosegados y otras con ironía, pero sonrientes. Stefano se sentía ajeno a aquel juego, e intentaba equilibrar las miradas y sopesarlas. Sabía que para romper la barrera bastaba con conocer la caprichosa ley de aquellas impertinencias y tomar parte. En el pueblo todos se hablaban así, a base de miradas y bromas. Otros hombres desocupados entraban en la taberna y la competición se ampliaba.

El joven gordo, que se llamaba Gaetano Fenoaltea, era el mejor en aquella competición, sobre todo porque estaba delante de la taberna, en el negocio de su padre, dueño de casi todas aquellas casas, y para él cruzar la calle no suponía abandonar el trabajo.

Aquellos desempleados se sorprendían de que Stefano acudiera a diario a la playa. Alguno de ellos lo acompañaba de vez en cuando; incluso le habían indicado la comodidad del escollo; pero sólo lo hacían por compañía o por un capricho inconstante. No entendían su costumbre, la juzgaban infantil: nadaban y conocían las olas mejor que él, porque habían jugado allí de muchachos, pero para ellos el mar nada significaba o sólo servía para refrescarse. El único que le habló más en serio fue el joven comerciante, que le preguntó si en el pasado, antes del enredo, había ido de vacaciones a la Riviera. Y Stefano, aunque algunas mañanas saliera al amanecer y se sentara solo en la arena húmeda para observar el mar, comenzó a temer la soledad cuando notaba que en la taberna nadie lo acompañaría ese día; entonces iba solamente a bañarse y pasar allí media hora.

Al encontrarse ante la taberna, Stefano y el joven gordo apenas intercambiaban un simple gesto. Porque Gaetano prefería aparecer cuando ya se había formado el corrillo, y no hablaba directamente con Stefano, sino que bromeando sólo con la concurrencia, lo aislaba en una esfera de reserva.

Pasados unos días se volvió locuaz también con él. De repente lo tomaba del brazo con cautela y le decía:

—Ingeniero, tire ya ese libro. Aquí no tenemos escuelas. Usted está de vacaciones, veraneando. Cuente a estos muchachos cómo es la Italia del norte.

Esa manera de cogerlo del brazo le resultaba siempre muy inesperada a Stefano, y le recordaba cuando de adolescente el corazón le latía con fuerza si pasaba por la calle cerca de alguna mujer. A aquella vivacidad no le era difícil resistirse, sobre todo porque se avergonzaba ante la concurrencia. Los primeros días se había sentido demasiado observado por aquellos ojitos, para poder ahora aceptar sin más tal cordialidad. Pero la aprobación de Gaetano significaba el visto bueno de toda la taberna, y éste, por más que cuando quería cortaba fríamente a su interlocutor, era ingenuo respecto a su propia autoridad.

Fue a él a quien Stefano preguntó si no había muchachas en el pueblo, y si las había, cómo es que nunca iban a la playa. Gaetano le explicó con cierta incomodidad que se bañaban en un lugar apartado, más allá del torrente, y ante la sonrisa irónica de Stefano admitió que salían de casa de tarde en tarde.

—Pero ¿las hay? —insistió Stefano.

—¡Claro! —exclamó Gaetano sonriendo complacido—. Nuestras mujeres envejecen pronto, pero de jóvenes son muy hermosas. De una belleza muy fina, que teme el sol y las miradas. Las nuestras son mujeres de verdad. Por eso las tenemos recluidas.

–En mi tierra las miradas no queman –repuso Stefano con tranquilidad.

–Vosotros tenéis el trabajo, nosotros el amor.

No experimentó la curiosidad de ir al torrente a espiar a las bañistas. Aceptó aquella tácita ley de separación como aceptaba lo demás. Vivía rodeado de paredes de aire. Pero no estaba muy convencido de que aquellos jóvenes hicieran el amor. Quizá en algunas casas, tras los postigos siempre cerrados, algunos de aquellos lechos conocían algo del amor, alguna esposa vivía su momento. Pero los jóvenes, no. Stefano captaba en sus comentarios alguna escapada a la ciudad –no siempre de solteros– y alusiones a alguna sirvienta del pueblo, bestia de carga tan despreciada que podía hablarse de ella.

Aquella pobreza se notaba sobre todo al anochecer. Stefano salía a la esquina de su casucha y se sentaba sobre un montón de piedras a contemplar a quienes pasaban. La penumbra se animaba con algunas luces y algún postigo se cerraba por el fresco. Al pasar la gente se alzaba un leve rumor y algún susurro; a veces, un grupo parloteaba. Otros grupos menos nutridos, más aislados, estaban formados por muchachas, que no se alejaban demasiado y enseguida reaparecían a la entrada del pueblo.

Parejas no se veían. Si los grupos se cruzaban, se saludaban de manera muy parca. Por lo demás, aquella reserva gustaba a Stefano, que a partir de media tarde no podía alejarse de su domicilio y, más que a la gente, buscaba la noche y la olvidada soledad de las sombras. A tal punto había olvidado la dulzura que bastaba un soplo de brisa, el canto de un grillo y un paso, la sombra enorme del cerro recortándose contra el cielo desvaído, para inclinar la mejilla sobre el hombro, como si una mano complaciente lo acariciara. La oscuridad, al hacer desaparecer el horizonte, ampliaba su libertad, dando espacio a sus pensamientos.

A aquella hora estaba siempre solo, y en soledad pasaba la mayor parte de la tarde. En la taberna, en las primeras horas vespertinas, se jugaba a las cartas, y cuando él tomaba parte, iba inquietándose poco a poco, y sentía deseos de salir. A veces se acercaba a la playa, pero ese baño desnudo y solitario en aquel mar verdoso de la marea alta lo aterraba, y lo hacía vestirse a toda prisa, cuando ya había refrescado.

Salía entonces del pueblo, que se le antojaba muy pequeño. Las casuchas, las rocas del cerro, los setos carnosos volvían a ser la madriguera de una gente sórdida, de miradas desconfiadas y sonrisas hostiles. Se alejaba por el camino que se abría paso entre algunos olivos, sobre los campos que rodeaban el mar. Caminaba con el propósito de que el tiempo pasase, de que ocurriera algo. Habría caminado hasta el infinito, ante el plano horizonte marino. Detrás del cerro el pueblo desaparecía y las montañas del interior surgían y ocultaban el cielo

No iba muy lejos. El camino era un terraplén elevado que ofrecía a la vista la triste playa y los campos vacíos. Algo más lejos, en la revuelta, se veía un poco de vegetación, pero a mitad de camino comenzaba a mirar alrededor. Todo era gris y hostil, salvo el aire y la distancia de la montaña. De vez en cuando en los campos vislumbraba a un campesino. En ocasiones bajo la carretera había alguno agachado. Stefano, que había caminado lleno de rencor, se sentía presa de una paz dolorosa, de una triste alegría y se detenía, y lentamente regresaba.

Al volver al pueblo casi estaba contento. Las primeras casas resultaban bastante acogedoras. Aparecían de nuevo, agrupadas bajo el cerro; el calor, un aire tan puro y saber que delante tenían un mar tranquilo, hacía que las viera con simpatía, casi como el primer día.

A la entrada del pueblo, junto a los primeros edificios, entre el camino y la playa había una casa aislada. Acostumbraba mirarla cada vez que pasaba. Con muros de piedra gris, una escalerita exterior conducía a una pequeña galería lateral abierta al mar. Por una coincidencia entre las ventanas—insólitamente abiertas— a alguien que la observara desde lo alto de la carretera se le aparecía como agujereada y llena de mar. El recuadro luminoso destacaba límpido e intenso, igual que el cielo para un preso. En el alféizar había geranios rojos. Stefano se detenía allí cada vez que pasaba.

Su imaginación dio un vuelco cuando una mañana divisó a una muchacha en aquella escalerita. La había visto por el pueblo sola, caminando con paso firme y contenido, casi una danza impertinente, llevando erguido sobre los hombros el rostro moreno y caprino con tanta seguridad que parecía sonreír. Debía de ser una sirvienta porque iba descalza y a veces acarrea agua.

Se había hecho la idea de que las mujeres de aquella tierra eran blancas y carnosas como la pulpa de las peras, de modo que aquel encuentro lo sorprendió. En la reclusión de su baja casucha, fantaseaba sobre aquella mujer con una sensación de libertad e indiferencia, ya que la propia extrañeza del objeto lo eximía de cualquier sentimiento provocado por el deseo. Que hubiera una relación entre la ventana con geranios y la muchacha, ampliaba, enriqueciéndolo, el juego de su estupor.

Permanecía tumbado en la cama las horas más calurosas de la tarde, medio desnudo por el calor sofocante, y con los ojos entornados por la clara reverberación del sol. En el zumbido y el fastidio de aquella inmovilidad, se sentía vivo y despierto y, a veces, se tocaba la cadera con la mano. Así precisamente debían de ser las caderas de aquella mujer, estrechas y fuertes.

Fuera, tras la vía y oculto por el terraplén, se hallaba el luminoso mar. Había momentos en que el ardiente silencio asustaba a Stefano; entonces se sobresaltaba y salía de la cama en calzoncillos, igual que había hecho en la cárcel, en las lejanas tardes. Aquella habitación bajo la azotea era una sauna, y Stefano se acercaba a la ventana baja, donde el muro daba un poco de sombra y se refrescaba el cántaro de terracota. Sujetaba los lados esbeltos y húmedos del cántaro y levantándolo a peso se lo acercaba a los labios. El agua tenía un sabor terroso, áspero, contra los dientes, del que disfrutaba más que del agua en sí, y se le antojaba el sabor del cántaro mismo. Había allí dentro algo de caprino, de silvestre y a la vez dulcísimo que le recordaba el color de los geranios.

También la mujer descalza iba por agua con un cántaro como aquél, igual que los demás habitantes del pueblo. Lo llevaba apoyado en la cadera, inclinado, dejándose llevar por sus tobillos. Todos esos cántaros eran suaves y alargados, de un tono entre marrón y rojizo, aunque alguno fuera más pálido. El de Stefano era suavemente rosado, como una mejilla exótica.

Sólo por ese cántaro, estaba agradecido a la dueña de la casa. La vieja –una mujer gorda que se movía con dificultad– permanecía sentada en su pequeño negocio junto al camino, y de vez en cuando le enviaba un muchachito con agua. En ocasiones mandaba también que le arreglaran el cuarto: barrían, hacían la cama y lavaban alguna cosa. Lo hacían por las mañanas, cuando Stefano estaba fuera.

La alegría de volver a tener una puerta que abrir y cerrar, objetos que poner en orden, una mesita y una pluma –que era todo el gozo de su libertad–, le había durado mucho, como una convalecencia, y con la humildad propia de aquella. Pero cuando estos hallazgos se convirtieron en costum-

bre sintió de pronto la precariedad; pero al pasar casi siempre el día fuera, como solía, sólo al atardecer y por la noche experimentaba angustia.

A la caída de la tarde, pocas veces acudía un carabiniere para controlar si estaba en casa, pues Stefano no debía salir del atardecer al alba. El carabiniere, lacónico, se detenía en el umbral, en el halo de luz, esbozaba un saludo y se marchaba. Un compañero lo esperaba en la penumbra con el fusil al hombro. Una vez hasta había aparecido el subteniente, con botas y capote, de paso hacia alguna inspección. Retuvo a Stefano en el umbral, mientras examinaba divertido el interior de la estancia. Stefano se avergonzó de la cantidad de cartones y cajitas amontonados en un rincón, del desorden y el mal olor, comparándolo con el espacioso cuartel de la plaza que los carabinieri barrían a diario y con sus hermosos balcones abiertos al mar.

En la planta baja del cuartel se hallaba la cárcel, con las ventanas tapadas de manera que la luz llegase desde lo alto. Por las mañanas Stefano pasaba por debajo, y pensaba que las celdas debían parecerse un poco a su cuarto, por la suciedad. A veces le llegaba el rumor de una voz o el tintineo de una escudilla, y entonces sabía que alguien –villano, ladronzuelo o vagabundo– estaba encarcelado a la sombra.

II

Nadie halla su hogar en una celda, y Stefano siempre notaba alrededor las paredes invisibles. A veces, jugando a las cartas en la taberna, entre los rostros afectuosos o atentos de aquellos hombres, se sentía solo e inseguro, dolorosamente aislado de sus paredes invisibles entre aquella gente circunstancial. El oficial, que hacía la vista gorda al permitirle frecuentar la taberna, ignoraba que Stefano, ante cada recuerdo y cada molestia, se repetía que ésa no era su verdadera vida y que aquellas gentes, aquellas bromas, de todas formas estaban tan lejos de él como el desierto, y que era un confinado que un día volvería a su casa.

Gaetano lo saludaba todas las mañanas con socarronería. Aquellos ojos astutos y aquella boca inexpresiva se animaban al verlo. Gaetano prefería no jugar a las cartas y conversar con Stefano, con toda la concurrencia pendiente de sus labios. Había pasado dos años en el norte, como sargento.

Los otros eran flacos y morenos, dispuestos a interesarse y sonreír con aprobación si Stefano bromeaba aunque sólo fuera con el tono. Había uno, calvo pero joven, que con el periódico delante bien abierto recorría las grandes páginas de arriba abajo, echando ojeadas a los presentes y hablando despacio. Una hijita suya aparecía de vez en cuando para darle algún recado de parte de su mujer, que estaba tras el mostrador de su pequeña droguería. El padre le respondía irri-

tado, y la niña salía corriendo y Stefano, que las primeras veces lo escuchaba sorprendido, veía que aquel hombre calvo le clavaba los ojos y le sonreía casi pidiendo excusas. Como todas las sonrisas de aquella gente, también la del calvo Vincenzo era discreta y dulce: salía de unos ojos oscuros tremendamente solícitos.

Se gastaban muchas bromas sobre el negocio de Vincenzo: le preguntaban si el poner a trabajar a su mujer lo había aprendido en Argelia. Él respondía que la venta diaria podía realizarla muy bien una mujer, pues entre mujeres se entendían mejor.

—Podrías haber llenado el negocio de hermosas dependientas —le decía Gaetano, haciéndole un guiño a Stefano—. Como se hace en otros pueblos, ¿no?

—Depende del artículo que se venda —respondía Vincenzo sin alzar la vista.

Había un joven de barbita rizada que, sentado en un rincón, secreteaba a veces con el policía fiscal. Nunca había saludado a Stefano, e igual que llegaba se iba, sin darle tiempo a Gaetano de gastarle una broma. Stefano no estaba seguro, pero le parecía el mismo que, sentado a horcajadas en una silla delante de la barbería, contemplaba la placita desierta al sol bajo el que él había salido, aquella tarde, de la pequeña estación esposado y cargado con una maleta, y entrado en el ayuntamiento acompañado por los carabineros. De aquella llegada, Stefano no lograba recordarlo todo: el exacerbado cansancio, el bochorno marino, los brazos entumecidos, las miradas hastiadas y apáticas de la gente, le bullían aún en el corazón, confundiendo los desconocidos rostros en un relampagueo continuo. Y además, había mirado enseguida alrededor, buscando el mar, las rocas, la vegetación y las calles; y no conseguía reconocer qué caras lo habían visto cruzar aquella plaza. Ahora le parecía que todo había permane-

cido indiferente y casi desierto; ahora que, como la multitud en la feria, muchos se apiñaban y se volvían al verlo pasar. Había sido un domingo: y ya sabía que los domingos numerosos desocupados esperaban aquel tren.

Ese joven se llamaba Giannino y le parecía hostil. Un día, por fin, apoyado de espaldas contra el mostrador, encendió un cigarrillo y dirigiéndose a Vincenzo dijo:

—¿Qué te dice el periódico? ¿Que los argelinos ya han gastado tu jabón? ¿Se lo comen como si fuera mantequilla untada en pan?

—Usted bromea, don Giannino, pero si tuviera su edad volvería allí. ¡Qué país de oro, Argelia blanca! —exclamó Vincenzo, besándose la punta de los dedos.

—¿Por qué blanca, cuando allí son todos negros? ¿La ha lavado usted? —respondió Giannino, alejándose del mostrador en dirección a la puerta.

—Vincenzo volverá a Argel, cuando tú, Giannino, vuelvas a San Leo —terció Gaetano.

Giannino sonrió complacido.

—Mejor tener detrás mujeres que intereses. Las mujeres cuanto más te conocen, más te buscan. Como hacen los carabineros, precisamente —replicó, y riendo entre dientes se fue.

Pasados unos minutos también Stefano salió a la calle. Se encaminó hacia el ayuntamiento para acabar de pasar la tarde y ver si tenía correo, cuando Giannino apareció de repente por una calle.

—¿Tiene un momento, ingeniero?

Stefano, sorprendido, se detuvo.

—Necesito de sus conocimientos. ¿Sabe usted proyectar casas? Mi padre diseñó una casita y se olvidó de la escalera. La proveyó de todo, hasta de terraza, pero no se acordó de la escalera. ¿Entiende de proyectos?

–Soy ingeniero electrónico, y desde hace apenas un año –contestó Stefano sonriendo.

–Bueno, pero seguro que entiende. Venga a nuestra casa. Le dará consejos para la iluminación. ¿Esta tarde, al anoche-
cer?

–Al anochecer no puedo –repuso Stefano, volviendo a son-
reír.

–Ya. Pero el subteniente es amigo mío. Venga usted...

–Es mejor que no. ¿Por qué no viene usted a verme?

Durante aquella noche, Giannino se mostró sonriente, solícito y seductor en la penumbra del pequeño patio. No era necesaria la luz para ver sus dientes blancos y oír su afa-
ble voz. Se había sentado a horcajadas en la silla, y el con-
traste con el halo luminoso de la puerta lo hundía en la noche,
mientras sus palabras emergían entre los susurros y los gol-
pes de mar.

–En la habitación hace calor y huele –dijo Stefano–. He
mantenido las costumbres de la cárcel. Uno no debe aficio-
narse a una celda. No puede convertirla en habitación.

–Esa luz del techo debe molestarle en los ojos: es dema-
siado cruda. Sería mejor una vela.

En la habitación, sobre un cajón, podía verse la maleta
sin deshacer todavía.

–¿Dispuesto siempre para la marcha? –había preguntado
Giannino desde el umbral.

–Está allí a modo de amuleto. La orden de trasladarme
podría llegar en cualquier momento. Es como darse la vuelta
en la cama. Prisión o confinamiento no es en absoluto estar
encerrado: es depender de un papel.

Sentados frente a frente, se miraban. El mar chapoteaba.
Stefano sonreía.

–Entre nosotros se dice que ustedes son sucios. Creo que
soy más sucio que ustedes.

Giannino reía, pero de pronto se puso serio.

—Somos sucios —admitió—. Pero le comprendo, ingeniero. Es por la misma razón por la que usted tiene la maleta preparada. Somos gente inquieta que se encuentra bien en cualquier parte menos en su propio pueblo.

—Éste no es mal sitio.

—Le creeré cuando haya deshecho el equipaje —replicó Giannino, apoyando la mejilla en el brazo.

La casa de Giannino daba también al mar, pero Stefano fue de mala gana al día siguiente, porque al despertar lo había asaltado la consabida angustia. Despertaba siempre al amanecer, inquieto, y permanecía en la cama con los ojos entornados, retrasando el instante de volver a la plena conciencia. La dulzura del duermevela no existía para él: la luz y el mar lo llamaban, cuando en la habitación clareaba y el corazón le dolía con una angustia casi carnal, al tiempo que permanecía perdido entre vagos retazos de sueños. Al dejar la cama se recobraba. Aquella mañana, sin embargo, la tristeza le había durado hasta salir a la calle: la paz de la tarde precedente se había evaporado al pensar que había hablado demasiado de sí mismo.

Giannino no estaba. Le abrió la madre, que no sabía nada de Stefano, y lo hizo entrar en un salón lleno de papeles polvorientos y suelo de baldosas rojas. Los muros tenían el espesor de la roca. Desde una pequeña ventana se divisaba una franja de verde. Giannino se había ido al amanecer. Cuando supo de los proyectos, la madre esbozó una mueca y sonrió.

Después entró el padre: un hombre enjuto, de bigotes caídos y amarillentos que no aparentaba los setenta años. Sabía de Stefano, pero liquidó los proyectos con un gesto.

—Querría que hablara con mi hijo —le pidió—. Mi parte del trabajo ya la he hecho.

—No creo que pueda serles muy útil —repuso Stefano. El padre de Giannino hizo un ademán de resignación y movió los bigotes con ceremoniosa cortesía.

La madre, una mujer grande de rostro macizo, fue a preparar el café. Desde una cafetera de plata, lo vertió en minúsculas tazas doradas, dispuestas sobre la mesa sin bandeja. El padre, Catalano, que riendo se había puesto entretanto a pasear ante la pared desconchada, fue a sentarse.

Sólo Stefano tomó café. Las otras dos tazas quedaron sobre la mesa medio llenas.

—Conozco su caso, ingeniero —dijo el viejo con las manos sobre las rodillas—. No es usted el único. Ya se sabe cómo son estos tiempos.

—¿Cómo le va por aquí? —inquirió la señora.

—¿Cómo quieres que le vaya? ¡Puebluchos! ¿No puede trabajar? —terció el viejo.

Stefano se fijó en las fotografías que había sobre los muebles y en las alfombras descoloridas, y respondió con tranquilidad. En aquel viejo salón hacía un frío pétreo que le subía por las piernas. Rechazó otro café, y la mujer no insistió.

—Espero que ejerza una buena influencia sobre el insensato de mi hijo —dijo inesperadamente el viejo. Miraba alrededor con una sonrisa de preocupación, y cuando Stefano se levantó para despedirse, le tendió las dos manos—: Su visita nos honra. Vuelva, ingeniero.

Stefano pasó por su casa un momento para recoger un libro. Era por la mañana temprano, y no conseguía dejar de pensar en aquel frío y desconchado salón. No sin esfuerzo, logró poner en claro lo que estaba seguro de haber sentido momentos antes en aquel salón. La sirvienta descalza erguida sobre sus caderas, de la casa de los geranios, debía de vivir en un cuarto como aquél, y arrastrar los pies sobre unas

baldosas rojas. O tal vez la casa gris fuera más reciente. Pero aquellas tacitas doradas, aquellas viejas bagatelas polvorientas, aquellas alfombras y aquellos muebles exhalaban a través del frío de la piedra el espíritu del pasado. Aquellas casas siempre cerradas, tal vez habían conocido en otro tiempo, acogedoras y soleadas, una vida y una calidez distintas. A Stefano se le antojaban las villas de su infancia, cerradas y desiertas, de los lugares de sus recuerdos. La tierra árida y rojiza, el plateado de los olivos, las carnosas chumberas, todo eso había adornado aquellas casas, muertas y silenciosas ahora, de no ser por la morena delgadez de alguna mujer que llevaba en sí todo lo silvestre de los campos y los geranios.

En el pequeño patio Stefano se topó con la hija ya no joven de la dueña de la casa, que se esmeraba en barrer hacia la zanja un montón de basura. A aquella hora insólita había muchos niños de la vecindad correteando y jugando por la azotea. En medio del griterío la mujer le sonrió con desánimo como siempre que se cruzaban. Tenía un rostro regordete y pálido; llevaba un vestido de un negro sosegante. Viuda o separada de un marido que se la había llevado a vivir a alguna ciudad lejana, no hablaba el dialecto ni siquiera con los niños. Lo siguió hasta la puerta de la habitación recién ordenada, de modo que Stefano tuvo que volverse y darle las gracias.

La mujer, inmóvil, abandonada la escoba, no le quitaba los ojos de encima. La cama recién hecha y con las sábanas remetidas ennoblecía la habitación.

—Un día se irá —dijo ella, con su voz cavernosa—. ¿Se acordará de nosotros?

Stefano vio en la mesita un plato de higos chumbos. Esbozó el gesto más amable de que fue capaz y respondió algo.

—No se le ve casi nunca —comentó la mujer.

–Vine a buscar un libro.

–Lee tanto porque está solo –repuso la mujer sin moverse.

Todas las tardes, cuando entraba para llevarle algo, hacía lo mismo. Seguían largos silencios que ella llenaba con miradas, mientras él se sentía halagado e incómodo a la vez. La mujer se sonrojaba y su voz oscura callaba buscando en el silencio dulzura. Stefano asistía a aquellos momentos con un sentimiento de pena.

–No, no estoy solo –replicó en voz alta aquella mañana dirigiéndose a la puerta, y le puso las manos en las mejillas, acercándose al rostro: el beso finalizó en la nuca de ella. En el tejado se oían los golpes apresurados de los muchachos. La confusión y la audacia unidas hicieron que la estrechara entre sus brazos. La mujer no huyó, sino que se apretó contra el cuerpo de él, pero no se dejó besar.

De pronto Stefano experimentó un deseo punzante, de esos matutinos, irresistible. Ella empezó a acariciarle el cabello, como a un niño. Él no supo qué decir. Cuando acarició sus senos, la mujer se apartó y lo miró con gravedad, sonriendo.

Tenía el rostro sofocado y lagrimoso. Era casi hermosa.

–No, ahora no –susurró–. Si me desea de verdad, volveré. Debemos tener cuidado. Todos miran. Yo estoy también sola como tú... No: si me deseas de verdad... Vincenzino está a punto de volver. Ahora, déjame.

Vincenzino, un muchachito moreno, regresó con el cántaro lleno. Stefano lo ayudó a depositarlo en el alféizar y buscó una moneda, pero Elena, la mujer, cogió de la mano a su sobrino y salió sin volver la cabeza.

Stefano se echó en la cama sonriendo. Veía los ojos fijos de ella. De nuevo lo asaltó el deseo y se levantó. Encontrarse allí a aquella hora insólita le hizo gracia, como si fuese libre para hacer su voluntad. Al salir pasó por la parte de la playa, para evitar toparse con la mujer.

Al ver el mar mientras pensaba en otra cosa le pareció hermoso, igual que los primeros días. Las pequeñas olas corrían a sus pies como labios de espuma. La arena lisa brillaba como mármol. Cuando volvió a subir hacia las casas, a lo largo de una senda polvorienta, se puso a pensar en si en vez de Elena lo hubiera abrazado y besado la muchacha descalza de los geranios.

—Estaría bien encontrármela —murmuró, y oyó su voz turbada—, hoy sería el día.

La imaginó alegre y danzarina, con expresión de sorpresa bajo su frente estrecha, salvajemente enamorada de él. En su turbación imaginó las manchas oscuras de sus pezones.

En la taberna encontró a Vincenzo leyendo el periódico. Se saludaron.

—Hoy parece domingo —comentó Stefano.

—¿Se ha bañado, ingeniero? Para usted es siempre domingo.

Stefano se sentó y se enjugó la frente.

—¿Le apetece un café, Vincenzo?

El otro plegó el periódico y levantó la cabeza. Con aquella frente calva su sonrisa resultaba conmovedora.

—Se lo agradezco, ingeniero.

Su cabeza desnuda recordaba la de un bebé. Joven todavía, se enfurruñaba a veces, daba pena. Tenía una auténtica cabeza de moro.

—¡Siempre es domingo! —exclamó Stefano—. Usted, que ha vivido en la ciudad, sabe cuán aburridos son los domingos.

—Pero entonces era joven.

—¿Acaso es viejo ahora?

—Se es viejo cuando se vuelve al pueblo —aseguró Vincenzo esbozando una mueca—. Mi vida estaba allá.

Les sirvieron el café, que bebieron despacio.

—¿Qué comerá hoy, ingeniero? —inquirió de pronto Vincenzo, al ver alejarse a la vieja tabernera.

—Un plato de pasta.

—Después, fritura —dijo Vincenzo—. Esta mañana vendían peces de roca, pescados bajo la luna. Mi mujer también compró. Tienen escamas, pero son finos.

—Ya ve que para mí no es domingo. Yo tengo que conformarme con la pasta.

—¿Solamente? Es usted joven, ¡diablos! Aquí no está en la cárcel.

—Pero no tengo un céntimo. Todavía no he recibido el subsidio.

—¡Diantres, pues es suyo! Se lo pagarán, seguro.

—No lo dudo. Pero mientras llega, me alimento de aceitunas.

—¿Y por qué lo malgasta en cafés?

—¿No hacían así también sus árabes? Mejor un café que una comida.

—Lo siento, ingeniero. ¡Pasta y aceitunas! La próxima vez invito yo.

—Disculpe, pero las aceitunas las como sólo por la noche. Con pan están buenas.

Vincenzo enrojeció e irritado golpeó el periódico al doblarlo.

—¡Mire lo que ha conseguido! Perdone, ingeniero, pero ni que fuera usted tonto. No se enfrenta uno con el gobierno.

Stefano lo miró inexpresivo: poner cara circumspecta daba paz a su espíritu, igual que tensar los músculos a la espera de un golpe. Pero como Vincenzo callaba, al ver que el esfuerzo era en vano, Stefano sonrió. Aquella mañana su sonrisa era auténtica, a pesar de que torciera la boca. Era como la ojeada que había lanzado al mar. La tomaba como una mueca maquinal, pero cálida y espontánea.

Aquel día no comió en la taberna. Volvió a casa con un poco de pan, evitando la tienda de la madre de Elena. Miró las ventanas de Giannino, con la esperanza de no tener que pasar la tarde solo.

Pero nadie acudió a su casa, y una vez que hubo mordisqueado un trozo de carne y un pedazo de pan con aceite, se tumbó en la cama, decidido a despertarse sólo si alguien le tocaba el brazo.

No lograba estar quieto en la tórrida calma, y de vez en cuando se levantaba para beber, aunque no tuviera sed, como había hecho en la cárcel. Pero aquel encarcelamiento voluntario era peor que el otro. Poco a poco iba odiándose a sí mismo por no tener el valor de escapar.

Más tarde salió para darse el baño que no tomara por la mañana, y el agua plácida del atardecer le procuró un poco de sosiego y le puso la piel, oscurecida ya por el sol, de gallina. Metido en el agua, oyó que lo llamaban. Desde la arena, Giannino Catalano agitaba el brazo.

Cuando estuvo de nuevo vestido, se sentaron juntos en la arena. Giannino acababa de bajar del tren, de vuelta de la ciudad, y desde la ventanilla lo había visto dirigirse a la playa. Stefano le explicó sonriendo que había pasado la mañana con sus padres.

—Ay —exclamó Giannino—, le habrán contado que soy un holgazán. Desde que dejé la escuela al salirme barba, no piensan en otra cosa.

Stefano observó con calma el rostro huesudo y la barbita áspera de su compañero. Bajo la luz serena y clara, le pareció aferrarse de nuevo al recuerdo de Giannino sentado a horcajadas y aburrido, en aquel lejano domingo. Giannino se sacó del bolsillo una pipa pequeña.

—He sido soldado y he visto un poco de mundo —dijo, hurgando en ella con el dedo—. Después lo dejé porque se parecía demasiado a la escuela.

–¿Y ahora qué hace?

–Lo mismo que usted. Pasar el tiempo. Y vigilar a mi padre, para que sus albañiles no lo engañen.

–Su padre lo vigila a usted –observó Stefano.

–Aquí todos se vigilan –replicó Giannino haciendo un guiño–. Así es la vida.

Al encender la pipa una nubecilla de humo azulado pasó frente al mar. Stefano la siguió con la mirada.

–Somos unos pobres tontos –dijo la voz atenuada de Giannino–. Esa libertad que nos da el gobierno, nos la dejamos arrebatar por las mujeres.

–Mejor las mujeres –comentó Stefano riendo.

–¿Ya ha encontrado? –inquirió Giannino, de repente serio.

–¿El qué?

–Una... mujer, ¡caramba!

Stefano lo miró con sorna.

–Aquí no es fácil. Y además lo prohíbe el reglamento: “No frecuentar mujeres con el objeto de intrigar o por cualquier...”.

Giannino se puso en pie de un brinco, mientras Stefano lo seguía interesadamente con la vista.

–¿Bromea, ingeniero? ¿Usted no puede tener una mujer aquí?

–Podría casarme, tal vez.

–Entonces, también puede prometerse.

Stefano sonrió. Giannino se calmó y volvió a sentarse.

Una nubecilla de humo azulado pasó de nuevo y unió el horizonte con el cielo, creando la ilusión del rastro de una nave.

–¿No pasan nunca? –preguntó Stefano señalando la lejanía.

–Estamos fuera de cualquier ruta. Los barcos que pasan doblan la distancia. Esto es un promontorio con rocas al descubierto. Me maravilla que el tren pase por aquí.

–Por la noche el tren da miedo –comentó Stefano–. Lo oigo silbar durante el sueño. De día, ni siquiera pienso en ello, pero de noche parece que se hunda la azotea, que atravesase un pueblo vacío y que tenga prisa por escapar. Es como cuando desde la cárcel se oía el tintineo de los tranvías. Menos mal que llega la mañana.

–Debería tener a alguien durmiendo a su lado –sugirió Giannino en voz baja.

–Sería un lío.

–Eso son tonterías –replicó Giannino–. El subteniente tiene dos. Todos los hombres tienen derecho.

–“Nosotros tenemos el trabajo y ustedes tienen el amor”, me decía don Gaetano Fenoaltea.

–¿Fenoaltea? Menudo idiota. Permite que las putas se merienden todo el dinero de su padre. Incluso dejó embarazada a una criadita de trece años.

Stefano esbozó una sonrisa y se puso de pie frente al desvaído mar. A pesar de sonreír, lo corroía la amargura al percatarse que había creído durante los primeros días en la ingenuidad de las gentes del pueblo; y estaba también la propia repugnancia, al descubrir la sordidez de los demás. Más que el hecho en sí mismo, era el tono de guasa de quien lo contaba lo que lo irritó. Le impedía amar cómodamente, como simples cosas, a las demás personas.

Antes de separarse, Giannino advirtió su inquietud y calló. Se despidieron en la puerta de la taberna.

Al volver a casa aquella tarde, Stefano se hallaba más seguro de sí mismo. Encontró su chaqueta de pijama doblada sobre la cama, a la espera.

Cuando anocheció, y el zapatero remendón del patio hubo apagado, Elena apreció en la puerta, que cerró a su espalda; pasando también los postigos se apoyó contra ella, iba de

oscuro, como de luto. Se dejó abrazar y besar, susurrando que no hicieran ruido.

Tenía los ojos húmedos y expresión asustada. Stefano comprendió que no sería necesario hablar, y la atrajo hacia sí. La habitación cerrada e iluminada resultaba sofocante.

III

Stefano se levantó y fue hacia la ventana. La mujer, sentada en la cama con las manos sobre el pecho, lanzó un grito ronco.

—¿Qué pasa? —inquirió él en voz baja.

—No abras. Podrían vernos.

Tenía el cabello revuelto y unas gotas de sudor en el labio superior. Comenzó a vestirse a toda prisa, golpeándose contra la pared. Sus blancas piernas desaparecieron tras la negra vestimenta.

—¿Ya puedo abrir? —susurró Stefano.

Con el índice sobre el labio, Elena se le aproximó pestañeando mimosa. Lo miró sonriente y enfurruñada, y le puso una mano en el pecho desnudo.

—Me voy —anunció en voz baja.

—Quédate un poco más. Hace tanto tiempo que no abrazo a una mujer...

Elena sonreía.

—Así, pídemelo así. Me gusta. Antes no me suplicaste de este modo. —Con ojos humedecidos le tomó una mano y se la apretó contra uno de sus senos. Y mientras lloraba entre los brazos de Stefano, decía jadeante—: Háblame así. Me gusta cuando me hablas. Abrázame. Soy una mujer. Sí, soy una mujer. Soy tu mamaíta.

La tela negra sobre el blando seno estorbaba a Stefano, que dulcemente propuso:

—Podríamos ir a la playa alguna vez.

Elena se embebía de sus palabras.

—No, a la playa, no. ¿Me quieres de verdad? Temí tanto que sólo desearas mi cuerpo. No quieres solamente mi cuerpo, ¿verdad?

—Te quiero, y además deseo tu cuerpo.

Elena apretó el rostro contra su pecho.

—Vístete, ingeniero. Yo ya me voy.

Stefano durmió profundamente y despertó con el frescor del amanecer, alegrándose de estar solo. Mientras se preparaba para salir, pensaba que la próxima vez apagaría la luz para no tener que sonreírle, y poder así imaginar que yacía con la joven descalza. “Con tal de que no se enamore”, murmuró, “y no lo cuente en el pueblo.”

En los días que siguieron, volvió a ver a Elena una sola vez, y la asustó con la historia del subteniente y de la ronda; pero cada vez que regresaba percibía la huella de la modesta y loca presencia. Encontraba la cama rehecha, el agua fresca, los pañuelos lavados. También sobre la mesa un mantel de papel con adornos.

Elena se alegró de que apagara la luz, y como lo único que sabía hacer era estrechar a Stefano contra su pecho, todo resultó muy fácil y ni siquiera fue necesario hablar. Él sabía que ella lo espiaba cuando por la mañana pasaba por delante del negocio, pero jamás entró, para no sentirse intimidado por la presencia de la madre. Había algo en Elena que la diferenciaba de las demás comadres del pueblo: no hablaba dialecto, bajo su ropa negra estaba siempre limpia y su piel blanca era suave, lo que hacía pensar a Stefano en los tiempos en que aquella mujer había vivido en Liguria, casada con un militar del que quizá se había separado.

—Tú también te irás —le decía en la oscuridad—. Aquí estás a disgusto y acabarás marchándote.

—Quizá a la cárcel de nuevo.

—No digas eso, niño. —Elena le tapaba la boca—. Que esas cosas, si se dicen, acaban pasando.

—De hecho, tengo la maleta preparada. ¿Cómo puedo saber lo que sucederá mañana?

—No, te irás a casa y me abandonarás.

Durante aquellos días Stefano pasaba mucho tiempo en la taberna, y raras veces iba a la playa o por la carretera de los olivos que se adentraba al pie del cerro. Estaba muy deprimido, y apenas llegaba nadando al escollo de siempre, se tendía bajo el cielo sin nubes y sentía cómo se deslizaban las gotas por los poros de su cuerpo, ahora brillante y curtido, reposado y saciado. En el tremor de la luz, contemplaba la orilla con sus casuchas grises, rosadas y amarillentas, y detrás, el cerro altísimo con la cumbre blanca, el pueblo antiguo. Su aislamiento también había cambiado, y aquellas paredes invisibles se habían vuelto conaturales a su ser. Incluso la desgana era dulce, y algunas mañanas, al secar junto a la orilla su cuerpo delgado, sentía que le subían a la garganta grandes deseos de reír, que expresaba con gritos sofocados.

El pueblo y aquella vida le parecían un juego, un juego del que conocía las reglas y cuyo desarrollo acompañaba sin tomar parte, dueño como era de sí mismo y de su extraña suerte. La misma angustia de su aislamiento daba tintes de aventura a su vida. Cuando subía al ayuntamiento para recoger el correo, lo hacía con rostro impasible, y el secretario, al entregarle un sobre timbrado, no sabía si por medio de aquellos documentos le abría las puertas de maravillosas fantasías que lo relacionaban con una existencia lejana, impenetrable salvo para Stefano, que en ella se reconocía. El rostro preocupado de aquel vivaz secretario parecía sorprenderse cada vez que Stefano llegaba.

–Ingeniero, no hace falta que venga todos los días. Sabemos que no quiere huir.

Esbozó un gesto caprichoso, abriendo más los ojos.

–Entonces, ¿me enviáis el correo a casa? –preguntó Stefano.

El secretario alzó las manos en señal de desesperación.

En aquel callejón pedregoso, entre la iglesia y el ayuntamiento, se encontraba a menudo con el subteniente. Stefano, cediéndole el paso, lo saludaba, y algunas veces se paraban a charlar. Pasaban algunos campesinos morenos y quemados por el sol, que llevaban unas medias blancuzcas, se quitaban la gorra y miraban al suelo. Stefano respondía con un gesto. La cabeza rizada del subteniente se recortaba inmóvil frente al mar.

–Entonces ¿no entiende usted de horticultura? –preguntó tras un largo silencio.

Stefano negó con la cabeza.

–... Aquellos melocotoneros se me están muriendo.

–Tendrá muchos.

El subteniente miró alrededor.

–Toda la parte de atrás del otro lado del cuartel. El detenido que me daba consejos ha cumplido su condena. ¿Ingeniero, va usted también a cazar, con Giannino Catalano? ¿Sabe disparar?

–No –respondió Stefano.

La existencia de Giannino lo ayudaba a no sentirse esclavo de Elena, y daba un sentido a sus esperas en la taberna y a las conversaciones con los demás. Cuando salía de casa sabía que las calles reservaban imprevistos, diferencias y simpatías, mediante las cuales todo el pueblo se hacía más concreto y adquiría perspectiva, y las personas menos importantes pasaban a un segundo plano, como había ocurrido tras los primeros días con el campo y el mar. Pero Stefano

intuyó muy pronto que el juego de aquella vida podía desvanecerse, como ilusión que era.

Gaetano Fenoaltea había asistido con desconfianza a la evidente compañía que Giannino le hacía a Stefano, y debía pensar que estaba ocurriendo algo de lo cual se le mantenía al margen. A Stefano no le cupo duda tras subir con Gaetano al pueblo antiguo.

Fenoaltea, cogiéndolo del brazo, le había dicho que era la fiesta de la Virgen de septiembre y que el subteniente daba el permiso para que acudiera con él.

—Viene todo el pueblo, y usted me acompañará. Allí arriba verá alguna mujer hermosa.

El cerro era un verdadero monte de los Olivos, ceniciento y reseco. Cuando estuvo en la cima, Stefano contempló el mar y las lejanas casas. A lo largo de su estancia en aquel lugar, se había ido forjando la ilusión de que su cuarto, el cuerpo de Elena y la playa cotidiana eran un mundo tan pequeño y absurdo, que bastaba con poner el pulgar ante los ojos para ocultarlo todo. Sin embargo, aquel mundo extraño, visto desde un lugar más extraño todavía, lo incluía también a él.

Al día siguiente, sentado fumando un cigarrillo, gozaba del desacostumbrado cansancio tras el descenso nocturno del monte, aún voluptuosamente presente en su cuerpo. Hacía mucho tiempo que no había atravesado los campos bajo las estrellas. Todo el monte había estado a aquella hora rebosante de amistosos grupitos que se reconocían por la voz, gritaban y se golpeaban contra las ramas. Delante o detrás de ellos, bajaban las mujeres, que hablaban y reían. Alguno probaba a cantar. De vez en cuando se detenían y cambiaban de grupo.

En la taberna estaban Vincenzo, Gaetano y los demás que habían formado parte de la comitiva. Se burlaban del policía fiscal que, al no estar acostumbrado a aquel vino, había

hecho barbaridades y tal vez dormitaba todavía en alguna zanja.

–¡Sois demasiado tímidos! –comentó Stefano–. Entre nosotros nos emborrachamos todos.

–¿Se ha divertido, ingeniero? –preguntó uno con voz chillona.

–No se divierte porque no le gustan las mujeres –terció Gaetano.

Stefano sonrió.

–¿Mujeres? No las he visto. A menos que llaméis mujeres a aquellas vestimentas que bailaban entre sí, bajo la mirada del párroco. ¿Nunca bailan con los hombres?

–No era un banquete de boda, precisamente –respondió Gaetano.

–¿No le ha gustado ninguna? –inquirió el calvo Vincenzo.

–Sí, veamos: ¿cuál era la más guapa? –preguntó Gaetano, con interés.

Todos observaban a Stefano. Los ojos profundos y maliciosos de alguno lo incitaban. Él miró alrededor y se quitó el cigarrillo de los labios.

–Bueno, pero no querría que me apalearan –dijo con calma y en tono amistoso–, pero la más guapa no estaba. Tenéis una auténtica belleza y no estaba...

Aunque no quería hablar, lo hacía. La excitación de los otros le daba una importancia que lo impulsaba a las confidencias. Sentía que se confundía con ellos, que estaba loco como ellos. Sonrió.

–No estaba...

–Pero ¿quién es?

–No lo sé. Si me lo permiten, les diré que creo que es una sirvienta. Es hermosa como una cabra. Algo así como entre estatua y cabra.

Guardó silencio ante las preguntas cruzadas. Probaron a darle varios nombres. Respondió que lo desconocía. Pero por las descripciones que le hicieron, dedujo que se llamaba Concia. Si era ésa, le explicaron que procedía de la montaña y era verdaderamente una cabra, dispuesta a servir a cualquier macho cabrío. Pero no la encontraban guapa.

—¿Acaso cuando parecen mujeres no le gustan? —preguntó Vincenzo, y todos se echaron a reír.

—Pero Concia vino a la fiesta —terció un joven moreno—, la vi dar vueltas por detrás de la iglesia con dos o tres chiquillos. Ingeniero, su belleza le gusta a los chiquillos.

—¿Quién podría quererla? Le gustó también al viejo Spanò, que la tenía a su servicio —comentó Gaetano mirando a Stefano.

Stefano se desinteresó de la charla. Aquella sensación de soledad física que lo había acompañado todo el día, entre la multitudinaria fiestecilla y el extraño cielo de allí arriba, lo asaltó de nuevo. Durante todo el día se había sentido aislado, como fuera del tiempo, mientras iba deteniéndose para contemplar las rendijas que se abrían entre las nubes. ¿Por qué le habría dicho Giannino riendo: “Vaya, váyase con Fenoaltea. Se divertirá”?

Habría podido mezclarse con los demás y olvidar en aquella tarde luminosa a cielo abierto, cantar y gritar en aquella estancia con la bóveda baja de madera, donde las orzas de vino estaban colgadas en el alféizar para que se refrescaran. Eso había hecho Pierino, el policía. O buscar a Concia, entre la multitud variopinta, envalentonado y justificado gracias al vino. Por el contrario, se había juntado y merodeado con los demás, pero a distancia, para aprovechar por si el alboroto y las risas y la vulgar música pudieran aturdirlo, aunque tan sólo fuera durante una jornada fugaz. Aquella ventana baja abierta en el vacío hacia la nube azul del mar se le an-

tojaba como el ventanuco estrecho y secular de la cárcel de aquella vida. Allí arriba, entre aquellas murallas descoloridas y calcinadas, había mujeres y viejos que jamás habían salido de la placita silenciosa y de los senderos. Para ellos, la ilusión de que todo el horizonte pudiera desaparecer detrás de la mano era real.

Parapetado tras el abanico de cartas, escrutaba los rostros de los jóvenes, que habían dejado de hablar. Alguno de ellos había nacido allí arriba; las familias de todos ellos descendían de aquel pueblo de arriba. Esos ojos vivos y de largas pestañas y la sombría delgadez de alguno parecían compensar por todos los anhelos sufridos en aquella madriguera, en aquella cárcel solitaria y aislada en el cielo. Sus miradas y sus sonrisas solícitas semejabán la apertura de una ventanita.

—Me ha gustado el pueblo —dijo Stefano, tirando una carta—. Se parece a los castillos que dominan a los nuestros.

—¿Viviría allí, ingeniero? —preguntó el joven moreno sonriendo.

—Se puede vivir en cualquier parte, hasta en prisión —observó Fenoaltea.

—Allí estaría a gusto, con las cabras —admitió Stefano.

Ésa era la pena que lo atormentaba: la muchacha entrevistada era Concia, la amante de un viejo sucio y de los libidinosos muchachitos. Pero ¿la habría deseado de ser diferente? Concia venía de lugares aún más remotos y solitarios que el pueblo de arriba. Ayer, al contemplar el balcón con las latas de geranios, Stefano le había dedicado, respirando voluptuosamente, aquel aire limpio e intenso que le recordaba su elástico paso danzante. Hasta las mugrientas estancias bajas, con las artesas seculares festoneadas de papel rosa o verde y los crujidos de la carcoma, repletas de panojas y ramajes como

los establos, sugerían su rostro caprino y su frente estrecha, y una torva y secular intimidad.

—¿Ha visto a don Giannino Catalano? —preguntó Fenoaltea recogiendo las cartas—. Le toca a usted, ingeniero.

—No ha venido porque tenía una visita —contestó Stefano.

—Él siempre tiene algo que hacer en las fiestas —terció Vincenzo con gravedad.

—Pregunte a Camobreco qué opina de sus visitas.

—Camobreco es el viejo orfebre —explicó Gaetano—, que el año pasado le disparó con una pistola desde la ventana del dormitorio. Mientras el viejo contaba el dinero, don Giannino Catalano se beneficiaba a su mujer. Luego explicaron el suceso diciendo que de noche habían visto un ladrón.

—¿Creen ustedes eso? —preguntó uno.

—Nadie se lo cree, pero Camobreco, para vivir en paz, prefiera que sea un ladrón. Ingeniero, antes de irse, ¿tendrá un minutito?

Gaetano lo acompañó hacia la playa. Bajo el sol, sudoroso, Stefano intentaba avanzar para despojarse de la ropa lo antes posible, mientras su compañero lo retenía por el brazo.

—Venga a bañarse, Fenoaltea —propuso Stefano, pero Gaetano se detuvo entre dos casas que procuraban un poco de sombra.

—Si adquiere la costumbre de venir al mar, ¿cómo se las apañará este invierno?

—Uno se acostumbra a tantas cosas... Los hábitos son la única compañía.

—Y respecto a las mujeres, ingeniero, ¿cómo le va sin ellas? ¿No estaba acostumbrado a ellas?

Stefano sonrió. Gaetano, apoyado contra la pared, se toqueteaba las solapas con la mano derecha.

–Vaya, vaya a bañarse, ingeniero. Pero quería advertirle. Hace ya cuatro meses, ¿verdad?, que falta usted de casa. ¿Es un hombre o no?

–Basta con no pensar en ello.

–Perdone, ésa no es una respuesta. Quería avisarle: no se fíe de don Giannino Catalano. Si necesita una mujer, dígamele a mí.

–¿Qué tiene que ver?

Gaetano echó a andar por la arena del callejón, tomando de nuevo a Stefano por el brazo, mientras por una esquina volvía a verse el mar.

–¿Le gusta de verdad esa sirvienta, ingeniero?

–¿Cuál?

–Concia, la que parece una cabra. ¿Sí...?

En el aire inmóvil, Stefano se detuvo.

–Fenoaltea... –dijo de pronto.

–No se inquiete, ingeniero –repuso el otro, y su mano gria-sienta pasó del brazo a acariciarle la mano–. Quería advertirle que, la casa en la que sirve, la frecuenta don Giannino Catalano, que no es hombre que comparta una mujer. Sobre todo con usted, que no es de aquí.

Aquel día había una pandilla de muchachos bañándose: dos de ellos sobre todo competían con sus zambullidas por el escollo. Sentado en la arena, Stefano los contemplaba aburrido. Gritaban en su dialecto, desnudos y morenos como crustáceos; y más allá de la espuma, el mar se le antojaba un paisaje vítreo, clamoroso y malogrado, ante el que sus sentidos se retraían, como la sombra bajo sus rodillas. Cerró los ojos, y vio de nuevo pasar la nubecita de humo de la pipa de Giannino. La tensión se le hizo tan dolorosa, que se levantó dispuesto a marcharse. Un muchacho le gritó algo, pero él abandonó la playa sin volverse.

Stefano temía que Elena fuera por la tarde a su encuentro. Igual que la había deseado tanto carnalmente aquella mañana en la cama al despertar, ahora no quería saber nada de ella. Deseaba estar solo, encerrado. Le bailaban alrededor los rostros de los otros, sonrientes, imprecisos, ruidosos, necios, como en la algazara del día anterior; atentos y hostiles, como en los primeros tiempos, como hacía una hora. Aquellos ojos llenos de intrigas, aquellos dedos insinuantes, lo sobrecogían. Sentía una parte de sí mismo en poder de los demás. Elena, que lo tuteaba, y tenía el derecho de recriminarlo con la mirada; su secreto corazón tontamente aireado en la taberna; los temores de la noche a pleno sol. Cerró los ojos y endureció el gesto.

Caminó casi a la carrera a lo largo del terraplén. Pasó ante la casa de Concia, sin volverse. Cuando ya estuvo lejos, frente a un cielo límpido, supo que a sus espaldas el cerro se alzaba cortado a pico y que tenía que huir de allí.

A su derecha estaba el mar, monótono. Se detuvo cabizbajo, y el recuerdo de haber experimentado miedo lo calmó. Inmediatamente se dio cuenta de lo absurdo que era. Comprendió que Gaetano había hablado así por envidia, para ocupar el sitio de Giannino. Lo vio con tanta claridad, que se preguntó por qué se había angustiado tanto, pues ya se había dado cuenta mientras hablaba con Gaetano. La respuesta era una sola, y lo hizo sonreír: las paredes invisibles, la costumbre de la celda, le impedían cualquier contacto humano. Ésas eran las angustias nocturnas.

En lo alto, sobre el pico de la cima blanca, había una nubecita; la primera de septiembre. Se puso tan contento como ante un encuentro. “Tal vez cambie el tiempo, tal vez llueva, sería muy agradable sentarse a la puerta a disfrutar del aire frío, y sentir cómo se serena el pueblo.” A solas o con Gian-

nino, el de la pipa bonita. O ni siquiera con él; solo, como desde la ventana de la cárcel. Con Elena, de vez en cuando, pero sin hablarse.

IV

Elena no hablaba mucho. Pero miraba a Stefano tratando de sonreírle con tal congoja, que su edad convertía en maternal. Él hubiera preferido que acudiera por la mañana, y se le metiera en la cama como una esposa, pero que desapareciera como un sueño que no exige palabras ni compromisos. Los pequeños retrasos de Elena, sus palabras titubeantes, su simple presencia, le causaban una molesta culpa. En la habitación cerrada se desarrollaban lacónicas conversaciones.

Una tarde, recién llegada Elena, Stefano, para estar solo más tarde y poder fumar en el patio, le explicó que tal vez dentro de una hora llegaría alguien. Asustada y enfurruñada quiso marcharse inmediatamente, pero él la entretuvo acariciándola. De pronto se oyeron unos pasos, una respiración tras los batientes cerrados y una voz que lo llamaba.

—El subteniente —dijo Elena.

—No creo. Abramos: no hacemos nada malo.

—¡No! —exclamó ella aterrorizada.

—¿Quién es? —gritó Stefano. Era Giannino—. Un momento —dijo Stefano.

—No importa, ingeniero. Mañana voy de caza. ¿Vendrá usted?

Cuando Giannino se marchó, Stefano se dio la vuelta. Elena estaba de pie entre la cama y la pared, bajo la cruda luz, con la mirada perdida.

–Apaga la luz –farfulló.

–Se ha ido...

–¡Apaga la luz!

Stefano obedeció y fue a su encuentro.

–Me marchó; nunca más volveré.

Stefano se sintió mal consigo mismo.

–¿Por qué? –balbuceó-. ¿No me quieres? –La alcanzó a través de la cama y le cogió una mano.

Elena forcejeó con los dedos, apretándoselos febril.

–Querías abrir –murmuró–, querías abrir. No me amas.

Stefano la cogió del brazo y la hizo sentarse en la cama. Se besaron.

Aquella vez casi no tuvieron que volver a vestirse. Llegaron abrazados hasta la puerta mientras Stefano le decía al oído:

–¿Volverás, Elena, volverás? Debemos hacerlo así: vienes sólo si paso por el negocio a saludaros. O mejor, vienes pronto, por la mañana, cuando nadie ha salido de casa todavía. Así estamos más seguros. No puede verte nadie. Si alguien viniera, aunque no vendrá, podríamos fingir que estabas limpiando el cuarto... ¿Te parece bien? Vienes un momento, cuando aún estoy en la cama, y te vas enseguida. ¿A ti también te gusta venir, no?

Sí, Elena sonreía. De pronto Stefano sintió en su oído aquella voz un poco tosca, pero cálida:

–¿Te contentarás si vengo sólo un momento? ¿No te gustaría pasar una noche entera conmigo?

–Soy un poco insociable, ya lo sabes –se apresuró a decir Stefano–, también tiene su encanto hacerlo así. No vengas de noche. Te quiero de este modo.

Poco después, a solas en la oscuridad, mientras paseaba y fumaba, pensó en el día siguiente y en el tono jocoso de Giannino. De los minutos gozados con Elena le quedaba un

cansancio inmemorial, hastiado, casi como un restañar de la sangre, como si todo, al haber ocurrido en la oscuridad, hubiera sucedido en sueños. Pero se sentía mal por haberle rogado, por haberle hablado, por haberle puesto al descubierto, aunque fuera en broma, algo de su sinceridad y su ternura. Se sintió vil y sonrió. “Soy un tipo insociable.” Habría que decirle, aunque quizá fuera una ingenuidad, que todos los encuentros con ella acaban en cansancio, en saciedad. “Que no crea que me resulta maternal.”

Pensaba en la voz de Giannino, cuando viniera a llamarlo al despuntar el alba. ¿Sería cierto lo de Concia? Imaginó, en vez de Elena, a Concia en su habitación. Pero su sangre apaciguada no se enardeció. “Sería lo mismo, tampoco ella es insociable y querría que la amara: y además también tendría que estar en guardia por Giannino.” ¿Cómo saber hasta qué punto se comportaría Giannino violentamente, tras su aparente amabilidad? ¿No era también de aquella tierra? Stefano prefirió desistir sabiendo que al día siguiente lo vería, le hablaría e irían juntos hasta quién sabe dónde.

Sin embargo, la jornada siguiente, durante el paseo a lo largo de la playa antes de amanecer, Stefano pensó mucho en Concia y la imaginó salvaje e indomable, dispuesta a entregarse una vez y después huir; mientras que con un hombre como Giannino –cartuchera y dientes blancos en la penumbra– se comportaría quizá con sumisión y devoción, como la amante de un bandido.

Giannino le dijo riendo si lo perdonaba por haberlo interrumpido la tarde anterior.

–¿Por qué? –se sorprendió Stefano.

–No por usted, ingeniero, pero sé que en estos casos las mujeres se enfadan y amenazan con marcharse. No querría haberlos molestado.

Del mar llegaba una brisa templada que atenuaba las palabras y alentaba una dulzura difícil de expresar. Todo era impreciso y tibio, y al pensar que a aquella hora lo asaltaba la angustia, Stefano sonrió y dijo a media voz:

–No me molestó.

Pasaron bajo la casa de Concia, del lado del mar. La construcción se veía descolorida y cerrada, a la espera de la luz diurna que habría de despertarla, quizá la primera, de toda la marina. Sin detenerse, Giannino giró bruscamente a la izquierda.

–Tomemos la carretera –propuso–. Remontaremos el torrente. ¿Le parece?

En lo alto del terraplén se estremecían algunos brotes de hierba. Stefano empezó a vislumbrar la cazadora gris de Giannino, como había aparecido un momento en el umbral de la habitación iluminada. Trepando detrás de él, también advirtió las botas hasta media pierna, donde llevaba metidos los pantalones.

–Me he vestido con chaqueta, como ayer –añadió poco después.

–Lo esencial es no ensuciarse.

Con las primeras luces avanzaron todavía hacia el interior bajo los sauces del arenal. Cruzado a la espalda de Giannino, el fusil oscilaba con sus pasos. Había bancos de nubes y un cielo encendido sobre sus cabezas.

–Mala estación para la caza –comentó Giannino sin volverse–. Ya no estamos en verano, pero todavía no ha llegado el otoño. Encontraremos algún mirlo o alguna codorniz.

–Por mí está bien. Me limitaré a observar.

Se hallaban entre dos cerros, donde Stefano no había estado nunca. Los pocos arbustos y matorrales empezaron a emerger de las sombras. La cumbre desnuda de un cerro se destacaba contra el cielo sereno.

–Todavía es verano –dijo Stefano.

–Prefiero la lluvia y el viento, pues atraerían a las codornices.

Stefano habría querido sentarse y dejar que el amanecer surgiese de la inmovilidad: contemplar el mismo cielo, las mismas ramas, el mismo declive palidecer y enrojecerse.

Al caminar, la escena cambiaba; ya no era el alba la que hacía brotar las cosas, sino que las cosas iban sucediéndose. Aunque sólo fuera desde una ventana o desde el umbral de una puerta, a Stefano le gustaba disfrutar del aire libre.

–Catalano, fumemos de una vez.

Mientras Stefano encendía, Giannino examinaba los arbustos. Un gorjeo solitario les llegó de la espesura.

–¿Está seguro, Catalano, de que conmigo había una mujer? –preguntó Stefano.

Giannino giró el rostro crispado con un dedo sobre los labios. Después sonrió a modo de respuesta. Stefano tiró la cerilla en la hierba mojada y buscó donde sentarse.

Finalmente Giannino disparó: fue un disparo fulminante al cielo, a la mañana, a las tinieblas que huían, y el silencio que siguió parecía solar: el alto silencio del mediodía transparente sobre el campo inmóvil.

Abandonaron el calvero, Stefano precediendo ahora la marcha con el oído atento.

–Subamos a la colina –propuso Giannino–, habrá alguna codorniz.

Ascendieron por la pendiente pelada, amarillenta de rastros. Era muy pedregosa, y la cumbre redonda estaba más lejana que alta. Stefano observaba en los bordes del precipicio algunos tallos largos, violáceos y palpitantes.

–¿No había subido nunca hasta aquí? Ésta es nuestra tierra, que ni siquiera nos proporciona caza.

–Tienen el mar, que da peces.

–Tenemos codornices que desnudas son bonitas. Es la única caza que puede gustarnos.

–Quizá sea por eso por lo que no hacen otra cosa –respondió Stefano jadeante.

–¿Quiere disparar? Allí, detrás de aquella piedra, hay una codorniz. ¡Dispare!

Stefano, vacilante, no veía dónde, pero Giannino le puso el fusil entre las manos y lo hizo apuntar, acercándole la mejilla a la suya.

En efecto, algo salió volando por la detonación.

–No es lo mío –reconoció Stefano.

Giannino le cogió el fusil y volvió a disparar.

–La he cazado. Usted la hizo levantar el vuelo.

Mientras la buscaban entre los rastrojos, oyeron un disparo seco que retumbó.

–Algún otro, que se divierte –comentó Giannino–. Aquí está, sólo la hemos herido.

Una piedra oscura como las otras se estremeció en el terreno. Giannino la persiguió, la agarró y, enderezándose, la lanzó a tierra como un latigazo. Después la cogió y se la tendió a Stefano.

–Es usted cruel –le reprochó Stefano.

–Diga más bien que hace calor –respondió Giannino, enjugándose el cuello.

Una leve brisa movía los tallos de los bordes del precipicio. Stefano desvió la mirada y vio a lo lejos el sol sobre el mar.

–Vamos –dijo Giannino, metiéndose el animal en el bolsillo.

No encontraron nada más, y descendieron sudados y doloridos al arenal. Todas las plantas parecían haber revivido y daban sombra.

–Podríamos fumar –propuso Giannino sentándose.

Algunos rayos de sol se filtraron oblicuos llenándose de humo, como seda tornasolada. Giannino apenas entreabría los labios, el humo azul salía lentamente y el frescor del aire casi lo condensaba: olía a sauce amargo.

—¿Sabe qué significa para nosotros la palabra “codorniz”? —preguntó Giannino entornando los ojos. Stefano lo miró fijamente un instante.

—Yo también voy a esa clase de caza —respondió impasible.

Giannino sonrió con malicia y rebuscó en el bolsillo.

—Tome, ingeniero, casi la mató usted.

—No.

—¿Por qué? Pida a su patrona que se la cocine. O a la hija, que así podrá decir que le sirvió una codorniz.

—Es suya, Catalano —respondió Stefano—. ¿No tiene a nadie que le pueda preparar una codorniz?

Giannino rió para sí.

—Ingeniero, acéptela. Después de la indigestión de codorniz que se lee en su cara, le sentará bien. Pero ésta necesita pimienta porque su sabor es agreste.

—Me sentiría como si le pusiera los cuernos —dijo Stefano, apartándola con la mano.

Giannino reía, con aquella barbita suya, descomponiendo las vetas de los rayos de sol.

—Si le apetece, ¿por qué no? Nadie podría impedirselo.

De pronto Stefano se sintió feliz. Se notaba libre del cuerpo de Elena, al darse cuenta de que podría hacer cuanto quisiera, tenerla o rechazarla con un simple gesto. Aquella tonta idea de que toda mujer llevaba consigo una codorniz le produjo gran hilaridad. Se aferró a aquel pensamiento para grabárselo bien, aun sabiendo que nada bastaría para arrancarle esa alegría nacida de nada. La hora insólita, el tiempo detenido, la habitual mañana con el baño de mar y la pausa en

la taberna, visto todo con distancia y dependiente de un gesto le producía esa alegría. Bastaba Giannino, bastaba el alba, bastaba pensar en Concia. Pero pensar que era suficiente con repetir el instante para sentirse feliz –así nacen los vicios– diluía el milagro. “También Concia es una codorniz, también Concia es una codorniz”, se repetía inquieto y feliz.

Mientras volvían a través del campo a pleno sol, sabía que el fresco calvero permanecería asociado a aquella tonta idea en su corazón; de la misma manera que la extraña palabra con que había bromeado Giannino se había encarnado en el cuerpo de Concia para siempre. Sintió que amaba aquella gente y aquella tierra sólo por ese término.

–Perdone, Catalano... –estaba diciendo Stefano, cuando lo interrumpió un perro de caza que apareció por el sendero y se precipitó contra Giannino.

–¡Hola, Pierino! –gritó Giannino, sujetando al animal por el collar, sin mirarlo. Una voz respondió ante ellos.

Donde el sendero se unía con la carretera que descendía del monte, encontraron erguido, esperando con el fusil y la capa, al agente de la policía fiscal. El perro corría delante, alegre.

Emprendieron juntos el camino de regreso.

–Ingeniero, ¿es usted también cazador? –gritó el moce-tón.

Stefano lo recordó con la cabeza descubierta, pendenciero y acalorado, en aquella tarde festiva. Ahora su mirada era de un amarillo amargo, como sus galones.

–Dichosos los ojos que le ven –le dijo.

El tal Pierino le hizo un guiño y se volvió hacia Giannino.

–Debo haber visto solamente a uno de ustedes. ¿Cuándo?

Stefano recordó los bramidos sonoros y roncocos que el joven había proferido bajo las estrellas, antes de desplomarse en la cuneta, a tal punto que no sólo el grupito de mucha-

chas conducidas por el cura, sino incluso Vincenzo y los demás que estaban cantando, se apartaron de allí para eludir cualquier imputación de complicidad. También Stefano se había alejado a fin de gozar en aquella oscuridad de un inesperado recuerdo de su infancia remota, cuando los borrachos descendían de las colinas y pasaban gritando bajo el pueblo.

—Estaba preguntándole a Catalano por qué no vino a la fiesta —dijo Stefano—. Usted parece que se divirtió.

—Catalano hace sus cosas a hurtadillas —repuso Pierino.

—Es natural. ¿Quién se emborracha en este lugar? —replicó Stefano.

—Hace demasiado calor.

—Nosotros somos más cándidos —observó Stefano—; de las dos cosas preferimos un poco de vino.

Giannino guardaba silencio, con expresión irónica.

Pierino sonrió complacido.

—Es un vino que provoca reumatismo. Les prometo que no pensaba dormirme tan acalorado y despertarme tan frío.

—Culpa suya —señaló Stefano—. Debería haberse llevado a la cuneta alguna de las muchachas del cura.

—¿Usted lo hizo?

—¿Yo? No... Estaba escuchándole cuando decía que se encontraba en la marisma y llamaba a los búfalos.

Giannino reía. También Pierino sonrió con sorna, y llamó al perro.

—Triste pueblo —refunfuñó poco después—, donde para estar alegre hay que embrutecerse...

Aquella tarde, cuando estuvo a solas en su habitación, Stefano se dejó caer en la cama, no solamente por tedio. Sus fútiles libros sobre la mesa nada le decían. Su oficio quedaba tan lejos, hacía tanto tiempo... Pensó en la mañana y en su alegría, de la que le había quedado un sabor a cuerpo de mujer, que habría podido evocar cuando se sintiera triste. Si Elena no acudía esa tarde, significaba que había ganado

él, que estaban de acuerdo, que no volvería a hacerle aquellas escenas horribles, que aceptaba entregarle su cuerpo sin pedir nada a cambio.

Despertó al atardecer, en un aire inmóvil que lo había des-pabilado por su frescor. Se reencontró antes con el pueblo que consigo mismo, como si durmiese todavía, y una apacible vida de niños, de mujeres y perros se desarrollara amparada por la brisa vespertina. Se sentía sin responsabilidades y ligero, casi como el zumbido de un mosquito. La placita transparente frente al mar debía estar dorada por el atardecer. En la taberna estarían todos dispuestos a jugar y a las charlas amistosas. No se movió, para alargar el momento, mientras dejaba que lentamente aflorase de lo más profundo una certeza aún más hermosa: que ya no estaba dormido y que aquella paz era, por tanto, real. Que la cárcel quedaba ahora muy lejos, y que podía volver a ese duermevela tranquilamente.

V

Volvió a ver los ojos de Elena, taciturnos y enfurruñados, como su voz —que con la oscuridad y la excitación de sus encuentros nocturnos había casi olvidado—, a la mañana siguiente. Por la tarde, inquieto, había pasado por el negocio de la madre que antes evitaba, para demostrarle que se acordaba de ella. Pero no estaba, y con la vieja, arrebujaada e inmóvil, que hablaba un dialecto del interior, se entendía muy mal. Stefano había dejado allí el pucherito de la leche, más como un detalle que como un pretexto, para que Elena se lo llevara a la mañana siguiente. Hasta ahora, Stefano pedía la leche por la mañana temprano al pastor que pasaba con el rebaño.

Cuando Elena se presentó ya había amanecido y Stefano estaba comiendo un mendrugo. Se detuvo tímidamente en la puerta con el pucherito en la mano, y él comprendió que se había asegurado de que aún lo encontraría en la cama.

Le dijo que entrara y le sonrió al cogerle el pucherito de la mano con una caricia furtiva para darle a entender que aquella mañana no habría que cerrar los postigos. También ella sonreía.

—¿Me sigues queriendo? —preguntó Stefano.

Cohibida, Elena bajó la vista. Stefano le dijo entonces que estaba contento de poder estar un poco con ella, incluso sin besarla, aunque ella creyera que sólo buscaba eso. Y que tenía que perdonarlo si se mostraba un poco brusco y huraño, ya

que hacía tanto tiempo que vivía solo, que a veces odiaba a todo el mundo.

Elena lo miraba taciturna y enternecida.

—¿Quiere que limpie la habitación? —le preguntó.

Stefano la cogió de la mano riendo y le dijo:

—¿Por qué me hablas de usted? —Y la abrazó y besó mientras ella trataba de zafarse porque la puerta estaba abierta.

—¿Quieres que te caliente la leche? —le preguntó después y Stefano le dijo que eso era tarea propia de esposa—. Lo he hecho tantas veces —dijo Elena malhumorada— y por quien ni siquiera me daba las gracias.

Stefano, sentado en la cama, encendió un cigarrillo, dispuesto a escucharla. Era extraño que aquellas palabras tan tristes salieran del mismo cuerpo que cubría aquel vestido oscuro. Pendiente del pucherito sobre el fuego, Elena se quejaba del marido que había tenido; pero Stefano no lograba conciliar la voz y la mirada indecisa con el recuerdo de la blanca intimidad. Envuelta en el dulce aroma caprino que salía del hornillo, Elena se volvía tolerable, se le antojaba una mujer como otra cualquiera, pero buena, una antipática y resignada presencia como la de las gallinas, la escoba o la sirvienta. Y entonces, forjándose la ilusión de que entre ellos no hubiera nada, salvo aquel desahogo modesto, Stefano logró compartir sus palabras y gozar de una paz inesperada.

Elena empezó a ordenar la habitación, pidiéndole que se apartara del borde de la cama. Stefano se bebió la leche y se puso después a enrollar el bañador en la toalla. Elena, al barrer, había llegado donde estaba la maleta con la ropa, la rodeó con la escoba, alzó la mirada y dijo de pronto:

—Necesitas un armario para poner la ropa. Tienes que deshacer el equipaje.

Stefano se sorprendió de no encontrar objeciones. La había tenido tanto tiempo allí encima, dispuesta para ser ce-

rrada y volver a irse, pero ¿adónde? Así se lo había dicho a Giannino también, pensando en la cárcel, pensando en aquel papel que podía llegar, y que haría que lo esposaran y enviaran quién sabe a qué lugar. Ahora ya no lo pensaba.

—Quiero dejarla donde está.

Elena lo miró con aquel celo suyo algo enfurruñado. Él sintió que no podía irse sin más, que tenía que cerrar el encuentro matinal con un poco de amor; y no queriendo darle a entender que sería una costumbre, se mantuvo indeciso en el umbral.

—Vete, vete —dijo Elena, enrojeciendo—, ve a darte un baño. Estás en ascuas.

—¿Ves como por las mañanas estamos solos? —balbuceó él—. ¿Vendrás siempre por la mañana?

Elena agitó una mano evasiva, a modo de respuesta, y Stefano se marchó.

Los días eran todavía tan largos, que bastaba detenerse un momento a mirar alrededor, para sentirse aislado, fuera del tiempo. Había descubierto que el cielo marino se había hecho más fresco y como cristalino, igual que si hubiera rejuvenecido. Al pisar descalzo la arena, le daba la impresión de pisar hierba. Esto ocurría tras varias tormentas nocturnas, que habían inundado su habitación. El tiempo volvía a serenarse, pero hacia media mañana —ahora iba más pronto a la playa, porque muchos de los más asiduos a la taberna lo aburrían, y Giannino y algún otro sólo pasaban por allí hacia el mediodía— el calor sofocante, la luminosa desolación de la canícula, ya eran algo del pasado. Algunas mañanas, advirtió que grandes barcas de pesca, en seco ahora sobre la arena y envueltas en telas, habían sido empujadas por la noche hasta el mar; y a menudo, sorprendía a los pescadores, a quienes no había visto nunca hasta ese momento, desenmallando unas redes húmedas todavía.

A aquella hora más fresca solía llegar Pierino, el policía fiscal. Al reparar en los músculos de aquel joven de poco más de veinte años, Stefano pensaba con envidia en la sangre oscura que debía nutrirlo, y se preguntaba si aquel novillo toscano no tendría también una mujer. Labia no le faltaba. Aquél sí que era un cuerpo a la medida de Concia. Pensando en estas cosas, cayó un día en la cuenta de que Giannino nunca se había bañado con ellos en el mar. Incluso Gaetano lo había hecho, rubicundo y carnoso, pero Giannino jamás. Debía de ser peludo y flaco, se dijo Stefano, retorcido y nudoso, como gusta a las mujeres. Quizá ellas no se fijaban en los músculos.

Al lado de Pierino en el escollo, Stefano bromeaba.

—Pues usted también es sedentario —le dijo una mañana con cierta intención. Pero Pierino no se dio por aludido—. Ya nos queda poco veraneo —comentó señalando con la barbilla una lanosidad blancuzca en el cielo del cerro—. Me han dicho que aquí el invierno es muy crudo.

—Qué va, hasta en enero me he bañado.

—Su sangre es mejor que la mía —observó Stefano.

—¿Es que acaso usted tiene la fiebre terciana?

—Todavía no, pero una de estas noches la cogeré.

—¡Mire usted qué pueblo! —exclamó Pierino burlón, abriendo los brazos hacia la orilla.

Stefano se sonrió.

—Conociéndolo bien, es un pueblo como otro cualquiera. Estoy aquí desde hace cuatro meses y ya me resulta tolerable. Estamos como de vacaciones.

Pierino callaba, con la cabeza baja, pensando en otra cosa. Stefano miró la espuma bajo sus pies en un mar oscurecido por el paso de unas nubes.

—¡Ve usted qué pueblo! —repitió Pierino, indicándole ciertos puntos negros diseminados por el mar en una mancha

de sol, en la última lengua de playa—. ¡Lo ve usted! Ésa es la división de las hembras.

—Tal vez sean muchachos —farfulló Stefano.

—Que no, aquélla es la playa de las mujeres —aseguró Pierino levantándose—. Pero ¿qué creerán que tienen en el regazo? Si nadie las toca, nunca se convertirán en mujeres.

—Le aseguro que alguien las toca —observó Stefano—. En casi todas las casas del pueblo debe haber sus buenos tocamientos. Esas cosas suceden. Pregúntele a Catalano.

—¿A usted le gustan las mujeres de aquí? —inquirió Pierino, disponiéndose a saltar del escollo.

—Se ven tan pocas... —respondió Stefano esbozando una mueca.

—Parecen cabras —sentenció el otro, y se tiró al agua.

Mientras volvían a vestirse en la orilla, Stefano comentó riendo:

—Entre todas hay una que es la más parecida a una cabra, está en la casa gris, a las afueras del pueblo, después del puente. ¿La conoce?

—¿La casa Spanò? —dijo Pierino deteniéndose.

—La de los geranios en la ventana.

—Es aquélla. Pero, perdone, no comprendo la comparación. Se trata de una mujer muy fina y de rasgos regulares. ¿Cómo la conoce?

—La vi llevando un cántaro a la fuente.

—La que usted vio es la sirvienta —exclamó el otro, echándose a reír.

—En efecto....

—¿Cómo que en efecto? Si se refiere a Carmela Spanò, puedo decirle que es la prometida de Giannino Catalano.

—¿Entonces Concia...?

Cuando llegaron a la taberna todo estaba claro, y Stefano comprendió por qué habían acogido entre bromas y risas

en la taberna su fatuidad la mañana posterior a la fiesta. Todos habían comparado mentalmente sus vulgaridades sobre la sirvienta con la desconocida dueña de la casa; y el nombre de Giannino había servido para echar malicia al asunto.

—A la tal Concia sólo la vi una vez —explicó Pierino— y no me parece tan desdeñable como a usted. Diría más bien que tiene cierto aire de gitana.

Gaetano salió a la puerta; debía de haber oído algo, porque le brillaron los ojillos. Stefano entró aparentando indiferencia.

Mientras hojeaba de pie el periódico abierto sobre la mesa, llegó la vieja taberna y le comentó que el subteniente había pasado hacía poco y había preguntado por él.

—¿Para qué?

—No parecía urgente.

Stefano sonrió, pero le temblaron las piernas. Una mano le presionó el hombro.

—Ánimo, ingeniero, usted es inocente.

Era Gaetano, que sonreía.

—A ver, ¿ha venido, sí o no?

Dos más del grupo que estaban tomando café en el rincón levantaron la cabeza.

—Debe estar en guardia, ingeniero. El subteniente tiene esposas eléctricas —dijo uno de ellos.

—¿No dejó recado? —preguntó Stefano, serio.

La mesera negó con la cabeza.

La partida de aquella mañana se le hizo exasperante. Stefano estaba en ascuas, pero no osaba abandonar. Cuando llegó Giannino, lo saludó con un gesto y una mirada un tanto hostil, que achacó al despecho por no haber estado informado del compromiso de aquél. Sin embargo, sabía que el disgusto se debía a otro secreto, el de aquel papel que el sub-

teniente quizá tuviera ya en las manos y que inexorablemente lo conduciría de nuevo a la cárcel. Además de ese pensamiento angustiante, también el de Concia empezó a atormentarlo: si de verdad Giannino no había tenido ojos para ella, ya no había excusa y debía intentarlo. Esperó sordamente que no fuera cierto; se dijo que quizá Giannino la habría seducido, o por lo menos abrazado debajo de la escalera, durante las visitas a la otra. Porque si de verdad nadie la había deseado jamás, sus pasadas fantasías resultaban infantiles, aunque hubieran provocado comentarios y bromas por parte de todos.

Giannino, inclinado sobre las cartas de Gaetano, le susurró algo. Stefano tiró las suyas y dijo alzando la voz:

—¿Quiere ocupar mi puesto, Catalano? Temo que llueva y he dejado la casa abierta de par en par. —Y a continuación salió, percibiendo las miradas de todos fijadas en él.

Fuera soplaban un viento polvoriento, pero la calle estaba desierta. Enseguida se plantó en el cuartel, con el corazón en un puño a causa de sus pensamientos galopantes. Bajo la ventana medio cegada de una celda, había una anciana con una cazuela, como si hubiera interrumpido la conversación en aquel instante. Tenía los pies descalzos y curtidos. Desde un balcón del primer piso se asomó un carabinero y gritó. Stefano levantó una mano y el carabinero le pidió que esperara.

Fue a abrirle en mangas de camisa, con rizos y jadeante, y le anunció amablemente que el subteniente no estaba. Stefano paseó la mirada por el gran zaguán vacío, donde al fondo, en el primer rellano de la escalera, se abría una ventana verde de hojas.

—Vino a buscarme —dijo Stefano.

El carabinero le dijo algo a la vieja, que se había acercado a la puerta que chirriaba por el viento, y se la cerró en las narices; después se volvió hacia Stefano.

—¿No sabrá usted...? —inquirió Stefano.

En aquel momento se oyó su voz, y a continuación apareció el rostro del subteniente en un recodo de la escalera. El carabiniere acudió de inmediato todo sofocado, farfullando que ya había cerrado la puerta.

—Ingeniero, venga, venga aquí —le pidió el subteniente asomándose.

En la oficina de arriba le entregó una carta.

—Tiene que firmar, ingeniero. Es la notificación de la denuncia del Comité Provincial. No comprendo cómo lograron enviarlo aquí sin una notificación.

Stefano firmó con mano temblorosa.

—¿Eso es todo?

—Sí, es todo.

Se miraron un instante en la silenciosa oficina.

—¿Nada más?

—Nada más —masculló el subteniente, mirándolo de soslayo—, salvo que hasta ahora estaba usted aquí sin saberlo. Y ahora, ya lo sabe.

Stefano llegó a casa sin notar el viento. En el momento en que aquel rostro se había asomado por la escalera, lo había sacudido como una punzada la esperanza de que aquel papel temido, anunciara, sin embargo, su libertad. Cuando atravesó el pequeño patio, el corazón todavía le latía con fuerza, cerró la puerta a su espalda y se puso a caminar por la habitación como si aún estuviera en la celda.

Junto a la pared, detrás de la cama, había un pequeño armario pintado de blanco, y encima, la maleta. Stefano supo que estaba vacía y que toda su ropa había sido colocada en el armario. Pero no se sorprendió, y continuó deambulando con los ojos cerrados, apretando la boca, tratando de concentrarse en un solo pensamiento, ignorar todo lo demás y grabar en sus ojos aquella única idea. Cuántas veces había

pensado en ello: su esfuerzo consistía solamente en aislarlo, alzarlo como una torre en el desierto. No tener piedad: ése era el pensamiento, soledad, clausura impenetrable del ánimo ante cualquier palabra, ante cualquier secreta lisonja.

Se detuvo jadeante, puso un pie sobre una silla y un puño bajo el mentón, y miró el armario de Elena sin pararse a pensar en ello; ya lo haría después. Cada gesto tierno, cada contacto, cada abandono estaba encerrado en su corazón como en una cárcel y sometido como un vicio, y nada debía salir al exterior, a la conciencia. Nada debía depender ya de fuera: ni las cosas ni las personas debían poder hacer nada.

Stefano apretó los labios en una mueca, pues sentía crecer en él una fuerza amarga y fecunda. No debía albergar ninguna esperanza, pero sí prevenir cualquier dolor, aceptarlo y tragárselo en su aislamiento. Considerarse siempre en la cárcel. Bajó de la silla la pierna dolorida y volvió a deambular, riéndose de sí mismo por haber tenido que actuar de aquel modo para darse ánimos de nuevo.

El armarito de Elena estaba allí. Y su poca ropa ordenada amorosamente sobre hojas de periódico desplegadas. Recordó la tarde en que le había dicho a Giannino que no se decidía a deshacer la maleta porque se consideraba de paso. Las imágenes de Giannino, Concia y los otros, la imagen del mar y de las paredes invisibles, las encerraría en su corazón para disfrutarlas en silencio. Pero Elena no era una imagen, desgraciadamente, sino un cuerpo: un cuerpo vivo, cotidiano, real, como el suyo.

Ahora tendría que agradecerle la diligente ternura de aquel detalle. Pero no le gustaba hablar con Elena; aquella sorda tristeza que nacía de su intimidad se la hacía odiosa y lo llevaba a recordar sus gestos más torpes. Si ella se hubiera atrevido un día a un ademán, una palabra, de verdadera posesión, la habría apartado de él. E incluso aquel placer que se reno-

vaba entre ellos por la mañana y que Elena parecía considerar poco importante, aunque lo gozaba como corresponde, lo enervaba y encadenaba excesivamente a su cárcel. Había que aislarlo y arrancarle cualquier flaqueza.

El armarito tenía su encanto y daba cierto toque hogareño. Stefano lo acarició como agradecimiento a Elena, mientras pensaba qué iba a decirle.

VI

Días antes, en uno de sus encuentros matutinos, Stefano le había dicho:

–Ya sabes que un día me iré. Sería mejor que no te encariñaras demasiado conmigo.

–No sé, no sé por qué lo hago –había respondido ella agitando; pero después se recobró, y escrutándolo le dijo–: Te gustaría irte. –Cuando hablaba entristecida, su voz era sombría, estridente, tosca y doméstica, como la bata de paño dejada sobre la silla. Tenía un poco de vello en el labio superior y el cabello largo y desaliñado del ama de casa que trajina al alba en la cocina con camisón.

Pero a Stefano nada lo contentaba. Más que la estridencia del tono, lo irritaba la sonrisa sensual y dichosa que invadía por unos momentos aquellos labios y párpados, inmóviles ahora sobre la almohada.

–No tenemos por qué mirar –farfulló Elena una vez.

–Debemos hacerlo para conocernos mejor.

Por la mañana a través de los postigos se filtraba una luz débil.

–Basta con quererse –dijo Elena rompiendo el silencio–, y yo te respeto como si fuéramos de la misma sangre. Tú sabes muchas más cosas que yo (no puedo aspirar a ello), pero me gustaría ser tu mamá. Quédate así, no digas nada, sé bueno. Cuando quieras, sabes ser cariñoso.

Stefano permanecía tendido con los ojos cerrados, poniendo aquellas palabras lentas en los labios de Concia, y al acariciar el brazo de Elena pensaba en el brazo moreno de Concia.

Esto había sucedido cuando fuera aún era verano. Pero la tarde de aquel día del armario, había comenzado a llover mientras Stefano esperaba a Giannino en la taberna.

—¿No se ha dejado nada abierto, ingeniero? —le había dicho Gaetano con el cigarrillo en la mano. Después, habían estado contemplando la lluvia desde el umbral; Giannino llegó con la barba salpicada de gotas. La calle estaba oscureciéndose y ensuciándose; los regueros de agua dejaban al descubierto los guijarros, la humedad calaba en los huesos. El verano había llegado a su fin.

—Aquí hace frío —comentó Stefano—. ¿Nevará este invierno?

—Nevará en los montes —aseguró Giannino.

—Esto no es la Italia del norte —terció Gaetano—. Podrá abrir las ventanas incluso en Navidad.

—Pero debe hacerse con un brasero.

—¿Qué es un brasero?

—Lo usan las mujeres —respondieron Giannino y Gaetano.

—Es una vasija de cobre, llena de ceniza y brasas, que se avienta y se deja en la habitación. Después —prosiguió Giannino— se colocan junto a él y se calientan. Ahuyenta la humedad —añadió riendo.

—Pero un confinado como usted no lo necesita —intervino Gaetano—. ¿Continúa con los baños?

—Si llueve, tendré que dejarlos.

—Pero aquí hace sol hasta en invierno. Estamos como en la Riviera.

—Basta con que se mueva un poco y no sentirá el invierno —comentó de nuevo Giannino—. Lástima que no sea

cazador. Una buena caminata por la mañana caliente para todo el día.

—Es la tarde la que me mata —admitió Stefano—; la última hora de la tarde he de pasarla en mi casa y no tengo nada que hacer. Este invierno habré de volver a casa a las siete. Y no puedo acostarme a esa hora.

—Si es así, debería tener el brasero que se usa entre los hombres —dijo Gaetano—. Las noches de invierno están hechas para eso.

Con las últimas luces del crepúsculo, Stefano y Giannino, subieron a la carretera.

—Qué pequeño parece el pueblo cuando llueve —observó Stefano—. No apetece salir de casa.

Las paredes de los edificios estaban sucias y musgosas, y los umbrales de piedra y las puertas desgastadas se veían sin velo frente a la implacable humedad. La luz interior de las casas y la del aire, que el verano había puesto de manifiesto, estaba ahora a punto de desaparecer.

—¿Cómo es el mar en invierno? —preguntó Stefano.

—Agua sucia. Perdona, dejo un momento la carretera, es sólo un minuto. ¿Me acompaña?

Estaban en el terraplén, de pie frente al horizonte inmóvil e impreciso, y abajo, a pocos pasos, se hallaba la casa de los geranios.

—¿Es ahí a donde va?

—¿Adónde quiere que vaya?

Bajaron unas gradas de tierra. Las ventanas estaban cerradas, y en la pequeña galería se veían sábanas tendidas a cubierto. La grava húmeda crujió bajo sus pies. La puerta se hallaba entreabierta.

—Venga usted también —refunfuñó Giannino—. Si está usted, no me entretendrán.

Stefano oyó el murmullo de las olas más allá de la casa.

—Oiga, vaya usted solo...

Pero Giannino ya había entrado, palpaba una puerta oculta en la sombra y giraba el picaporte. Se elevó entonces un rumor, casi un canto desde una estancia que se adivinaba luminosa y abierta al mar. Se abrió aquella puerta y, en una oleada de luz y viento, apareció una niña descalza.

Una voz clara de mujer gritó algo en el fragor del viento; y se oyó el estrépito de una ventana al cerrarse. La niña, agarrada al tirador de la puerta, chillaba:

—¡Carmela, Carmela!

Giannino la cogió en brazos y le tapó la boca. Delante de la ventana, con su sucio vestido a rayas, estaba Concia, erguida.

—Callaos de una vez —dijo Giannino, entrando en la cocina. Y sentando a la niña sobre la mesa, añadió—: Toschina, si viene el cura te comerá. Debes llamarla “señora” y no Carmela. —Concia sonrió en silencio, entreabrió los labios y se retiró el cabello con el brazo. Su boca era, desde luego, gozosa y carnal, como si estuviera tumbada sobre una almohada—. Concia, escúchame, mañana dirás que mi madre manda a decir que vendrá a cumplir con su deber. Y que ha hablado contigo.

La niña, que miraba de reojo a Stefano, se zafó de Giannino bajando de la mesa de un salto. Concia posó la vista sobre Stefano, mientras respondía a Giannino de manera rápida y gutural:

—Se lo diré, pobrecita, pero está todo el día llorando.

La garganta morena se estremecía por el habla, como los labios y los ojos, pero sin dulzura. Tenía la frente tan estrecha que los ojos eran casi deformes. Inmóvil, las altas caderas ya no tenían gracia ni desenvoltura.

En aquel momento, la niña, que se había llegado hasta la puerta, la abrió de golpe y escapó gritando. Giannino corrió tras ella para alcanzarla, y desapareció seguido de una risotada de Concia.

En el grisáceo crepúsculo marino, la criada atravesó la cocina con su paso característico: iba descalza. Stefano vio en un rincón el cántaro de siempre. Concia puso algo sobre el hornillo encendido, y de pronto se expandió un fuerte olor de hierbas aromáticas y vinagre.

Se oían gritos lejanos dentro de la casa. Concia se volvió sin azorarse, con su gesto desafiante: la luz era ya tan vaga, que volvía uniformes en aquel rostro los tonos morenos y los carnosos. Stefano continuó mirándola.

Las voces del piso superior enmudecieron. Había que decir algo. Los labios de Concia estaban cerrados, dispuestos a sonreír.

Sin embargo, Stefano miró hacia la ventana y paseó la vista a lo largo de toda la pared. Era baja y estaba ahumada, y la atmósfera azulada olía a carbonilla.

—Aquí debe de hacer fresco en verano —comentó por fin.

Concia, inclinada sobre el hornillo, no dijo nada, como si no lo hubiera oído.

—¿No tiene miedo de los ladrones?

Concia se volvió de pronto.

—¿Es usted un ladrón? —preguntó riendo.

—Soy un ladrón como Giannino —repuso él despacio.

Concia se encogió de hombros.

—¿No aprecia usted a Giannino? —preguntó Stefano.

—Sólo aprecio a quien me aprecia.

Atravesó la cocina con una sonrisa de complacencia desdenosa, y cogió una cazuela de la repisa. Volvió junto al hornillo y volcó el cántaro apoyándose en la cadera; un poco de agua rebosó de la cazuela. Al moverse, pisó el charco.

En el umbral reapareció la niñita con aire socarrón. Detrás de ella, en la sombra, estaba Giannino. Concia apenas se volvió cuando Giannino le dijo:

—A esta hija tuya hay que encerrarla en el gallinero. —Y rió refunfuñando.

Stefano adivinó, detrás de Giannino, una figura imprecisa que se apartó enseguida cuando éste dijo:

—¿Viene, ingeniero?

Salieron sin cruzar palabra al aire todavía claro. Cuando estuvieron sobre el terraplén, Stefano se volvió para mirar hacia la casa y vio una ventana iluminada. Frente al pálido mar, parecía el farol de una barca ya encendido para el mar abierto.

Con Giannino en silencio junto a él, Stefano, aún sudado, recordó aquella angustia, aquella ansia que tantas veces lo habían empujado a caminar a fin de olvidar su aislamiento en aquel campo desolado. Parecían muy lejanas en el tiempo las inmóviles tardes de agosto, un tiempo ingenuo e infantil frente a la fría cautela que ahora lo envolvía.

—Aquella niña que corría... —dijo Stefano taciturno

—Es hija de Concia —explicó el otro sin dudarle.

Claro. También Giannino hablaba con calma, pensaba en otra cosa, se fijaba en las casas. Stefano esbozó una sonrisa.

—Catalano, ¿pasa algo ?

Giannino no respondió enseguida. Sus ojos claros no traslucieron nada; simplemente estaba pensando en otra cosa.

—Tonterías —dijo despacio.

—Tonterías, —repitió Stefano.

Se separaron delante de la taberna, bajo la escasa luz del primer farol, en la calle desierta de niños. Desde hacía varias tardes Stefano volvía a casa cuando ya había oscurecido.

En la habitación, ante la cama tersa y limpia, pensó que los pies descalzos de Concia debían ensuciar allí por donde pasaran. Después de tomar un poco de pan, aceitunas e higos, apagó la luz y, a horcajadas en la silla, contempló el pálido

vano de la puerta de cristales. Un vapor húmedo se extendió por el pequeño patio, y el talud del ferrocarril estaba oscuro como si detrás no se hallara la playa. Había tantas cosas en que pensar, que la tarde resultaba breve. En la habitación oscura, Stefano miraba la puerta.

Un rato después se le ocurrió fantasear sobre el verano pasado, las tardes de silencio en el tórrido cuarto, el soplo del viento, el costado rugoso del cántaro: cuando estaba solo, el zumbido de una mosca llenaba el cielo y la tierra. Aquellos recuerdos se mantenían tan vivos, que no sabía librarse de ellos, para poder dedicarse a pensar en lo sucedido aquel día. De pronto, oyó un crujido, y tras el cristal apareció el rostro enjunto de Giannino.

—¿Está a oscuras? —inquirió Giannino.

—Así es, como siempre.

Stefano volvió a cerrar.

Giannino no quiso que encendiera la luz y se sentaron como antes. También Giannino encendió un cigarrillo.

—Está solo —dijo.

—Estaba pensando que de todo el verano, los mejores momentos los he pasado aquí dentro, solo, como en la cárcel. La suerte más negra puede volverse un placer: basta con que la escojamos nosotros.

—Son jugadas que gasta la memoria —refunfuñó Giannino, y apoyó la mejilla en el respaldo de la silla, sin dejar de mirar a Stefano—. Se vive rodeado de gente, pero es estando en soledad cuando podemos pensar en las cosas que de verdad nos conciernen. —Después sonrió nervioso—. Quizás esperaba a alguien esta tarde... No me diga que escogió usted el venir aquí. El destino no se escoge.

—Basta con querer algo, antes incluso de que nos sea impuesto. No es el destino, son, sobre todo, las limitaciones. La suerte peor es tener que sufrirlas. Lo mejor entonces es renunciar.

Giannino repuso algo, pero Stefano no lo oyó. Guardó silencio y esperó. Giannino callaba.

—¿Decía?

—Nada. Ahora sé que no esperaba a nadie.

—Es cierto. ¿Por qué?

—Habla con demasiado resentimiento.

—¿Usted cree?

—Dice cosas que yo sólo diría si fuera mi padre.

En aquel instante, tras los cristales surgió vacilante un rostro inexpresivo. Stefano sujetó el brazo de Giannino y ocultó, bajándolo, el extremo encendido de su cigarrillo. Giannino no se movió.

El rostro atento se desplazó tras los cristales proyectando una sombra. La puerta de la calle se abrió y, puesto que vacilaba, Stefano reconoció a Elena. Cerraba con llave todas las noches, y ella lo sabía. Debía pensar que Stefano estaba fuera.

Por la rendija se coló el frío del exterior. El rostro dudó aún un poco, perdido e irreal, después la rendija desapareció con un chirrido. Giannino movió el brazo y Stefano susurró:

—¡Silencio!

Se había ido.

—Le he estropeado la noche —dijo Giannino rompiendo el silencio.

—Es por el armario: venía a que le diera las gracias.

Al volverse, se vislumbraba en la sombra el contorno claro. Giannino se giró un momento y después dijo:

—Su destino no está nada mal.

—De una cosa puede estar seguro, Catalano: no me ha estropeado la noche.

—¿Usted cree? Una mujer que no entra aunque encuentre la puerta abierta es un tesoro. —Tiró la colilla y se puso de pie—. Qué cosa tan rara, ingeniero. ¡Le hace la cama y le regala un armario! Está mejor que casado.

–Poco más o menos como usted, Catalano.

Pensaba que Giannino encendería la luz, pero no fue así. Lo oyó moverse un poco, caminar; después lo vio acercarse a la puerta, apoyarse en ella, mostrando su perfil contra el cristal.

–¿Le molestó mucho lo de hoy? –preguntó con desgana–. No comprendo por qué lo llevé a aquella casa.

Stefano titubeó.

–Yo, en cambio, se lo agradezco. Aunque creo que a usted sí que le molestó.

–No debía haberlo llevado –repitió Giannino.

–¿Es celoso?

Giannino no sonrió.

–Estoy aburrido. Tendríamos que avergonzarnos de las mujeres. Es como un destino.

–Perdone, Catalano –repuso Stefano con calma–, pero no sé nada de mujeres y de usted. Hay tantas en aquella casa, que no sabría muy bien qué actitud adoptar. Si quiere avergonzarse, deberá explicarme primero el porqué.

Giannino se volvió de pronto y su perfil desapareció.

–Para mí –continuó Stefano–, que la pequeña Foschina es hija de usted. Aunque en verdad no lo sé.

Giannino rió de aquel modo suyo, nervioso.

–No es mi hija –masculló–, pero será casi mi cuñada. Es hija del viejo Spanò. ¿No lo sabía?

–No conozco a ese viejo. No sé nada.

–El viejo murió –añadió Giannino, y rió con franqueza–. Un hombre robusto, que a los setenta años aún podía engendrar. Era amigo de mi padre y muy listo. Cuando murió, las mujeres acogieron en casa a la muchacha y la hija, para que la gente no hablara, para tener vigilada a la pariente, por solicitud. Ya conoce a las mujeres.

–Qué va.

—Con la otra hija de Spanò, de treinta años, tengo que casarme. Mi padre así lo quiere.

—¿Carmela Spanò?

—¿Ve como sí está al corriente...?

—Lo estoy tan poco, que creía, perdone, que se entendía con Concia.

Giannino estaba un poco taciturno, mirando hacia los cristales.

—Es una chica como otra cualquiera —comentó al fin—. Pero demasiado ignorante. El viejo la sacó de las carboneras. Sólo la vieja Spanò logró traérsela a casa.

—¿Es arrogante?

—Es una sirvienta.

—Pero tiene buena planta, dejando aparte el hocico.

—Bien dicho —convino Giannino pensativo—. Ha pasado tanto tiempo en los establos, guardando ovejas, que tiene un poco el hocico de las bestias. Éramos pequeños cuando yo subía con el viejo Spanò a la montaña, y ella se levantaba las faldas para sentarse desnuda sobre la hierba, como los perros. Es la primera mujer a la que toqué. En las nalgas tenía callos y costras.

—¡Caramba!, ¡Pero algo habrán hecho!

—Tonterías —repuso Giannino.

—Y ¿tiene todavía aquel callo?

Giannino bajó la cabeza, cauteloso.

—Tendrá otros.

Stefano sonrió.

—No entiendo —dijo tras un largo silencio— de qué ha de avergonzarse. Su prometida no tiene nada que ver con esa mujer.

—Yo también lo creo —admitió Giannino de pronto—, ¡faltaría más! Ni la miraría, si no fuera así. Ya nos conoce un poco, ¿no? —Rió de aquella manera suya—. Ni siquiera estaba pensando en la sirvienta.

—¿Y entonces?

—En este caso me aburre verme tratado como una novia. Conozco lo suficiente a las mujeres para saber cuál es mi deber, cuándo se va a verlas y cuándo no. Una esposa no es una amante, y de todas maneras es una mujer, y debería comprenderlo.

—Pero quería usted esquivarla.

—¿Qué quiere decir? ¿No dejarme ver?... ¡Sí, es verdad! No tenía por qué haberme echado encima a la cuñada para que la advirtiese de mi llegada.

—¿La cuñada sería Foschina?

—Toschina.

Poco después, Stefano comenzó a reír: era una risa acre, malhumorada, y para disimularla se mordió el labio. Pensaba en una Concia acurrucada sobre las piedras, desnuda y morena; en una Carmela acurrucada sobre las piedras, blanquísima y melindrosa. Se fijó en los ojos de Giannino y murmuró un tanto impulsivamente:

—Si la niña lo molesta, ¿por qué no le dice a su novia que de jovencito le vio las nalgas a Concia? La echarían de casa.

—Usted no nos conoce. El respeto al viejo Spanò mantiene unida la casa. Todos velamos por Concia.